LOS NUEVE LIBROS DE LA HISTORIA

TOMO 5

HERODOTO DE HALICARNASO

Editado por

el**aleph**.com

LIBRO QUINTO.

TERPSÍCORE

Los generales de Darío principian a conquistar varias plazas en Europa. -Costumbres de los Tracios. -Traslación de los Peones al Asia. Véngase Alejandro de los embajadores Persas enviados a Macedonia.- Política de Darío con Histieo, señor de Mieto. Sublévanse los Jonios contra los Persas por instigación de Histieo y Aristagoras, y piden socorro a los Atenienses: situación de estos, sus guerras y, revoluciones. Muerte de Hiparco, tirano de Atenas y expulsión de su hermano Hipias: los Lacedemonios tratan de favorecer a éste para recobrar el dominio de Atenas, pero se opone el Corintio Sosicles refiriendo el origen de la tiranía en su patria y los males que acarreaba en ella. Irritado Hipias incita a los Persas contra los Atenienses, y Aristagoras por su parte persuade a éstos que se alíen con los Jonios contra los Persas. -Ataque e incendio de Sardes por los Griegos coligados. -Jura Darío vengarse de ellos, y sus generales principian a sujetar varios pueblos de los insurgentes.

Los primeros a quienes avasallaron a la fuerza las tropas persianas dejadas por Darío en Europa al mando de su general Megabazo, fueron los Perintios, que rehusaban ser súbditos del Persa y que antes habían ya tenido mucho que sufrir de los Peones, habiendo sido por éstos completamente vencidos con la siguiente ocasión. Como hubiesen los Peones, situados más allá del río Estrimon, recibido un Oráculo de no sé qué dios, en que se les provenía que hicieran una expedición contra los de Perinto[1] y que en ella les acometieran en caso de que éstos, acampados, les desafiaran a voz en grito, pero que no les embistieran mientras los enemigos no les insultasen gritando, ejecutaron puntualmente lo prevenido; pues atrincherados los Perintios en los arrabales de

[1] Perinto, colonia griega fundada según diversas opiniones por los Samios, por Orestes o por Hércules, es la misma ciudad que Heraclea en el Quersoneso. Los Peones o Pelagones eran un pueblo de la Macedonia, situada cerca de Tesalónica, en el distrito de la actual Etrachino.

su ciudad, teniendo enfrente el campo de los Peones, hiciéronse entre ellos y sus enemigos tres desafíos retados de hombre con hombre, de caballo con caballo, y de perro con perro. Salieron vencedores los Perintios en los dos primeros, y al tiempo mismo que alegres y ufanos cantaban victoria con su himno *Pean*, ofreciéseles a los Peones que aquella debía ser la *voz de triunfo* del oráculo, y diciéndose unos a otros: «el oráculo se nos cumple, esta es ocasión, acometámosles,» embistieron con los enemigos en el acto mismo de cantar el *Pean*, y salieron tan superiores de la refriega, que pocos Perintios pudieron escapárseles con vida.

II. Y aunque tal destrozo hubiesen experimentado ya de parte de los Peones, no por eso dejaron de mostrarse después celosos y bravos defensores de su independencia contra el Persa, quien al cabo los oprimió con la muchedumbre de su tropa. Una vez que Magabazo hubo ya domado a Perinto, iba al frente de sus tropas corriendo la Tracia, domeñando las gentes y ciudades todas que en ella había y haciéndolas dóciles al yugo del Persa en cumplimiento de las órdenes de Darío, que le había encargado su conquista.

III. Los Tracios de que voy a hablar son la nación más grande y numerosa de cuantas hay en el orbe,[2] excepto solamente la de los Indios, de suerte que si toda ella fuese gobernada por uno, o procediese unida en sus resoluciones, sobre ser invencible, sería capaz de vencer por la superioridad de sus fuerzas a todas las demás naciones; ahora por cuanto, esta unión de sus fuerzas les es, no difícil, sino del todo imposible, viene a ser un pueblo débil y desvalido. Por más que cada uno de los pueblos de que la nación se compone tenga sus propios nombres en sus respectivos distritos, tienen sin embargo todos unas mismas leyes y costumbres, salvo los Getas, los Trausos y los que moran más allá de los Crestoneos.

[2] Los límites de la antigua Tracia, que confinaba al Occidente con la Macedonia, al Oriente con el Ponto Euxino, el Helesponto y la Propontide, al Mediodía con el Egeo, y al Norte con el monte Hemo, no permiten la exageración del autor. Tucidides hace a la Tracia en población y fuerzas inferior a la Escitia.

IV. Llevo dicho de antemano qué modo de vivir siguen los Getas *atanizontes* (o defensores de la inmortalidad). Los Trausos, si bien imitan en todo las costumbres de los demás Tracios, practican no obstante sus usos particulares en el nacimiento y en la muerte de los suyos;[3] porque al nacer alguno, puestos todos los parientes alrededor del recién nacido, empiezan a dar grandes lamentos, contando los muchos males que lo esperan en el discurso de la vida, y siguiendo una por una las desventuras y miserias humanas; pero al morir uno de ellos, con muchas muestras de contento y saltando de placer y alegría, le dan sepultura, ponderando las miserias de que acaba de librarse y los bienes de que empieza a verse colmado en su bienaventuranza.

V. Los pueblos situados más arriba de los Crestoneos practican lo siguiente: Cuando muere un marido, sus mujeres, que son muchas para cada uno, entran en gran contienda, sostenidas con empeño por las personas que les son más amigas y allegadas, sobre cuál entre ellas fue la más querida del difunto. La que sale victoriosa y honrada con una sentencia en su favor, es la que, llena de elogios y aplausos de hombres y mujeres, va a ser degollada por mano del pariente más cercano sobre el sepulcro de su marido, y es a su lado enterrada, mientras las demás, perdido el pleito, que es para ellas la mayor infamia, quédanse doliendo y lamentando mucho su desventura.

VI. Otro uso tienen los demás Tracios: el de vender sus hijos al que se los compra, para llevárselos fuera del país. Lejos de tener guardadas a sus doncellas, les permiten tratar familiarmente con cualquiera a quien les dé gana de usar licenciosamente, a pesar de ser ellos sumamente celosos con sus esposas, de cuyos padres suelen comprarlas a precio muy subido. Estar marcados es entre ellos señal de gente noble; no estarlo es de gente vil y baja. La mayor honra la ponen en vivir sin fatiga ni trabajo alguno, siendo de la mayor infamia el oficio de labra-

[3] Vivían los Trausos al pié del Hemo en la Mesia inferior: esta en filosófica, costumbre tan acomodada a imaginaciones melancólicas y mustias como la de Young, puede verse pintada en Ciceron con los más vivos colores (Tusc. 1, capítulo 48).

dor: lo que más se estima es el vivir de la presa, ya sea habida en guerra o bien, en latrocinio. Estas son sus costumbres más notables.

VII. No reconocen otros dioses[4] que Marte, Dioniso y Diana, si bien es verdad que allí los reyes, a diferencia de, los otros ciudadanos, tienen a Mercurio una devoción tan particular, que sólo juran por este dios, de quien pretenden ser descendientes.

VIII. En los entierros la gente rica y principal tiene el cadáver expuesto por espacio de tres días, durante los cuales, sacrificando todo género de víctimas y plañendo antes de ir a comer, hacen con ellas sus convites: después de esto dan sepultura al cadáver, o quemándolo o enterrándolo solamente. Después de haber levantado sobre él un túmulo de tierra, proponen toda suerte de certamen fúnebre, destinando los mayores premios a los que salen victoriosos en la monomaquía, o duelo singular.

IX. Muy vasta y despoblada debe de ser, según parece, aquella región que está del otro lado del Danubio; por lo menos sólo he podido tener noticia de ciertos pueblos que más allá moran, llamados Sigines, quienes visten con el ropaje de los Medos. De los caballos de aquel país dícese que son tan vellosos, que por todo su cuerpo llevan cinco dedos de pelo, que son chatos y tan pequeños que no pueden llevar un hombre a cuestas, aunque son muy ligeros uncidos al carro, por lo que los naturales se valen mucho de ellos para sus tiros. Los límites de dichos pueblos tocan con los Enetos, situados en las costas del mar Adriático, y colonos de los bledos, según ellos se dicen, de quienes no alcanzo a fe mía cómo puedan serlo, si bien veo que con el largo andar del tiempo pasado, todo cabe que haya acaecido[5]. Lo que no tiene duda

[4] Los Traces, antes Tiraces o descendientes de Tiras, hijo de Jafet, conservaban no sé qué restos del primitivo culto de los Noáquidas, teniendo un templo en una altura dedicado al Dioe Sabathius, e invocando a Baco con las voces *Evohe Sabbai,* muy parecidas a las de David *Jehova Tsabaoth.* El culto de los reyes Tracios a Mercurio confirma la opinión de que este fue el sexto rey de los Ceitas.

[5] Habiéndose sabido muy poco entre Griegos y Latinos, hasta la época de Julio César, de las naciones célticas de la antigua Germanía, son casi desconocidos los Sigines, cuya situación se cree Poderse colocar en la Istria o Estiria o algún

es, que los Ligires situados sobre Marsella llaman Sigines a los revendedores, y los de Chipre dan el mismo nombre a los dardos.

X. Al decir los Tracios que del otro lado del Danubio no puede penetrarse tierra adentro por estar el país hirviendo de abejas, paréceme que no hablan con apariencia siquiera de verdad, no siendo para los climas fríos aquella especie de animales[6]. Mi juicio es que el Norte, por exceso de frío, es inhabitable. Esto es cuanto se dice de la región de Tracia, cuyas costas y comarca marítima iba Megabazo agregando a la obediencia del Persa.

XI. Luego que Darío pasado velozmente el Holesponto llegó a Sardes, hizo memoria así del servicio que había recibido de Histieo, señor de Mileto, como del aviso que Coes de Mitilene le había dado. Llamados, pues, los dos a su presencia, díjoles que pidiera cada uno la merced que más quisiera. No pidió Histieo el dominio de alguna ciudad, puesto que tenía ya el de Mileto, pero si pretendió que se le diera un lugar de los Edonos llamado Mircirio[7] para fundar allí una colonia. Pero Coes, no siendo todavía señor de ningún Estado, sino mero particular, pidió y obtuvo el dominio de Mitilene. Así que los dos salieron contentos de la corte, lograda la gracia que habían pretendido.

XII. Vínole a Darío en voluntad, por un espectáculo que se le presentó casualmente estando en Sardes, el ordenar a Megabazo que apoderado de los Peones los trasplantase de Europa al Asia. Después que Darío estuvo de vuelta en Asia, dos Peones, llamados el uno Pirges y el otro Manties, llevados de la ambición de lograr el dominio sobre sus ciudadanos, pasaron a Sardes, llevando en su compañía a una hermana, mujer de buen talle y estatura bizarra, y al mismo tiempo muy linda y

---

otro país al pié de los Alpes, aunque la descripción de sus caballos conviene muy bien con la de los *reunes o renos* de Siberia. Si Herodoto no les atribuyera el traje medo, más bien que colonia de los Medos pudiera creerse de Macedones, a quienes hacen algunos únicos verdaderos descendientes de Madal, hijo de Jafet. La última cláusula de este párrafo se cree añadidura de algún copista.

[6] No basta el frío del Norte a matar las abejas, como notó Eliano: uno de los ramos de comercio de la Rusia en el puerto de Arcángel es la cera amarilla del país.

[7] Estaba situado este pueblo entre el río Estrimon y la ciudad de Filippi.

vistosa. Como observasen en Sardes que Darío solía dejarse ver en público sentado en los arrabales de la ciudad, echaron mano de un artificio para su intento. Vestida la hermana del mejor modo que pudieron, enviáronla por agua con un cántaro en la cabeza, con el ronzal del caballo en el brazo conduciéndolo a beber, y con su rueca y copo de lino hilando al mismo tiempo. La ve pasar Darío, y mucho le sorprende lo nuevo del espectáculo, mirando en lo que ella hacía, que ni era mujer persiana[8], ni tampoco lydia, ni menos hembra alguna asiática. Picado, pues, de la curiosidad, manda a algunos de sus alabarderos que vayan y observen lo que con su caballo iba a ejecutar aquella mujer. Ella, en llegando al río, abreva primero su caballo, llena luego su cántaro y da la vuelta por el mismo camino con el cántaro encima de la cabeza, con el caballo tirado del brazo, y con los dedos moviendo el huso sin parar.

XIII. Admirado Darío, así de lo que oía de sus exploradores como de lo que él mismo estaba viendo, da orden luego de que se la hagan presentar. Los hermanos de ella, como quienes allí cerca observaban lo que iba pasando, comparecen ante Darío luego que la ven conducida a su presencia. Pregunta el Rey de qué nación era la mujer, y dícenle los dos jóvenes que eran Peones de nación, y que aquella era su hermana. Tórnales Darío a preguntar qué nación era la de los Peones, y dónde estaba situada, y con qué mira o motivo habían ellos venido a Sardes: responden que habían ido allí con ánimo de entregarse a su arbitrio soberano; que la Peonia, región llena de ciudades, caja cerca del río Estrimon, el cual no estaba lejos del Helesponto, y que los Peones eran colonos de Troya. Esto punto por punto respondieron a Darío, el cual les vuelve a preguntar si eran allí todas las mujeres tan hacendosas y listas como aquella; y ellos, que le vieron picar en el cebo que adrede le habían prevenido, respondieron al instante que todas eran así.

XIV. Escribe, pues, entonces Darío a Megabazo, general que había dejado en Tracia, una orden en que le mandaba ir a sacar a los Peones

[8] Ya entonces contaban las persianas por infamia ocuparse en trabajos de manos, orgullo y molicie que la voluptuosa Asia ha trasmitido harto frecuen-

de su nativo país y hacérselos conducir a Sardes a todos ellos con sus hijos y mujeres. Parte luego un posta a caballo corriendo hacia el Helesponto, pasa al otro lado del estrecho y entrega la carta a Megabazo, quien no bien acaba de leerla, cuando toma conductores naturales de Tracia y marcha con sus tropas hacia la Peonia.

XV. Habiendo sido avisados los Peones de que venían marchando contra ellos las tropas persianas, juntan luego sus fuerzas, y persuadidos de que el enemigo los acometería por las costas del mar, acuden hacia ellas armados. Estaban en efecto prontos y resueltos a no dejar entrar el ejército de Megabazo, el daño estuvo en que, informado el Persa de que juntos y apostados en las playas querían impedirle la entrada, sirvióse de los guías que llevaba para mudar de marcha, y tomó por la vía de arriba hacia la Peonia. Con esto los Persas, sin ser sentidos de los Peones, se dejaron caer de repente sobre sus ciudades, de las cuales, hallándolas vacías de hombres que las defendiesen, se apoderaron con facilidad y sin la menor resistencia. Apenas llegó a noticia de los Peones salidos a esperar al enemigo que sus ciudades habían sido sorprendidas, cuando luego separados fueron cada cual a la suya y se entregaron todos a discreción y al dominio del Persa. Tres pueblos de los Peones, a saber, el de los Siropeones, el de los Peoplas y el de los vecinos de la laguna Prasiada, sacados de sus antiguos asientos, fueron trasportados enteramente al Asia.

XVI. Pero a los demás Peones, los que moran cerca del monte Pangeo, los Doberes, los Agrianes, los Odomantos[9] y los habitantes en la misma laguna Prasiada, no los subyugó de ningún modo Megabazo, por más que a los últimos procuró rendirles sin llevarlo a cabo, lo cual pasó del siguiente modo. En medio de dicha laguna vense levantados unos andamios o tablados sostenidos sobre unos altos pilares de madera bien trabados entre sí, a los cuales se da paso bien angosto desde tierra por un solo puente. Antiguamente todos los vecinos ponían en

---

temente a la laboriosa Europa.

[9] El Pangeo se llama en el día Malaca o Castagua: Doberes era una ciudad peónica de que habla Tucidides: de los Odornantos dice Suidas que usaban la circuncisión.

común tos pilares y travesaños sobre que carga el tablado; pero después, para irlos reparando, hánse impuesto la ley de que por cada una de las mujeres que tome un ciudadano (y cada ciudadano se casa con muchas mujeres) ponga allí tres maderos, que acostumbran acarrear desde el monte llamado Orbelo. Viven, pues, en la laguna, teniendo cada cual levantada su choza encima del tablado donde mora de asiento, y habiendo en cada choza una puerta pegada al tablado que da a la laguna: para impedir que los niños, resbalando, no caigan en el agua, les atan al pié cuando son pequeños una soga de esparto. Dan a sus caballos y a las bestias de carga pescado en vez de heno[10]; pues es tan grande la abundancia que tienen de peces, que sólo con abrir su trampa y echar al agua su espuerta pendiente de una soga, pronto la sacan llena de pescado, del cual dos son las especies que hay; a los unos llaman *papraces* y, a los otros *tilones*.

XVII. Eran entretanto conducidos al Asia los Peones de que se había apoderado Megabazo. Trasportados aquellos infelices prisioneros, escoge Megabazo los siete Persas más, principales que en su ejército tenía, y que a él solo le eran inferiores en grado y reputación, y los envía por embajadores a Macedonia, destinados al rey de ella, Amintas, con el encargo de pedirle *la tierra y el agua* para el rey Darío, pues tal es la forma del homenaje entre los persas. Muy breve es realmente el camino que hay que pasar yendo desde la laguna Prasiada a la Macedonia, pues dejando la laguna, lo primero que se halla es la famosa mina que algún tiempo después no redituaba menos de un talento de plata diario al rey Alejandro[11], y pasada la mina, sólo con atravesar el monte llamado Disoro, nos hallamos ya en Macedonia.

[10] Esto se ve confirmado por Eliano y Ateneo, quien dice que a los bueyes en Tracia se les llenaban de peces los pesebres, y por lo que se refiere de Noruega, donde las bestias se alimentan de pescado.
[11] Sería la misma de donde sacaba tesoros Filipo, padre de Alejandro.

XVIII. Luego que los embajadores persas enviados a Amintas[12] llegaron a presencia de éste, cumpliendo con su comisión, pidiéronle con su fórmula de homenaje que diese la tierra y el agua al rey Darío, a quien no sólo convino Amintas en prestar obediencia, sino que hospedó públicamente a los enviados, preparándoles un magnífico, banquete con todas las demostraciones de amistad y confianza. Al último del convite, cuando se habían sacado ya los vinos a la mesa, los Persas hablaron a Amintas en esta Conformidad: -«Uso y moda es, amigo Macedon, entre nosotros los Persas, que al fin de un convite de formalidad vengan a la sala y tomen a nuestro lado asiento nuestras damas, no sólo las concubinas, sino también las esposas principales con quienes siendo doncellas casamos en primeras nupcias. Ahora, pues, ya que nos recibes con tanto agrado, nos tratas con tanta magnificencia, y lo que es más, entregas al rey nuestro amo la tierra y el agua, razón será que quieras seguir nuestro estilo tratándonos a la Persiana.» -«En verdad, señores míos, les responde Amintas, que nosotros no lo acostumbramos así, no por cierto; antes el uso es tener en otra pieza bien lejos del convite a nuestras mujeres[13]; pero pues que las hecháis menos, vosotros, que sois ya nuestros dueños, quiero que también en esto seáis luego servidos.» Así dijo Amintas, y envía al punto por las princesas, las cuales llamadas, entran en la sala del convite, y toman allí asiento por su orden enfrente de los Persas. Al ver presentes aquellas bellezas, dicen a Amintas los embajadores que no andaba a la verdad muy discreto en lo que con ellas hacía, pues mucho más acertado fuera que no viniesen allí las mujeres, que no dejan las sentarse al lado de ellos una vez venidas al convite, pues el verlas fronteras era quererles dar con ellas en los ojos, que es lo que más irrita los afectos. Forzado, pues, Amintas, manda a las mujeres que se sienten al lado de los Persas,

[12] Era Amintas I el noveno rey de Macedonia. por los años, de 314 antes de Jesucristo, y mucha debió ser la debilidad de su imperio, cuando no su poquedad de ánimo, pues que no se atrevió la resistencia que hizo la Peonia.

[13] Este modesto recato era común en toda la Grecia. Léase en Ciceron el trágico caso de la resistencia que en Lampsaco se hizo a Verres en punto semejante, y del suplicio con que la castigó el fiero proconsul

quienes habiendo ellas obedecido, no supieron contener sus manos con la licencia que les daba el vino, sino que las llevaron a los pechos de las damas, y no faltó entre ellos quien se desmandase en la lengua.

XIX. Estábalo Amintas mirando quieto, por más que mirase de mal ojo, aturdido de miedo del gran poder, de los Persas. Hallábase allí presente su hijo Alejandro, príncipe, joven, no hecho a disimular para acomodarse al tiempo, quien siendo testigo ocular de aquélla infamia de su real casa, de ninguna manera quiso ni pudo contenerse.

Penetrado, pues, de dolor y vuelto a su padre: -«Mejor será, padre mío, le dice, que tengáis ahora cuenta de vuestra avanzada de edad; idos por vida vuestra a dormir, sin tomaros la larga molestia de esperaros a que esos señores se levanten de la mesa, pues aquí me quedo yo hasta lo último para servir en todo a nuestros huéspedes.» Amintas, que desde luego dio en que su hijo Alejandro, llevado del ardor de su juventud, podría pensar en obrar como quien era y como pedía su honor, replicóle así: «Mucho será, hijo mío, que me engañe, pues leo en tus ojos encendidos y estoy viendo en esas tus cortadas palabras, que con la mira de intentar algún fracaso me pides que me retire. No, hijo mío; por Dios te pido que, sí no quieres perdernos a todos, nada intentes contra esos hombres. Ahora importa sufrir disimulando, presenciar lo que no puede mirarse y coser los labios. Por lo que me pides, me retiro sin embargo, y quiero en ello complacerte.»

XX. Después que Amintas, dados estos avisos, salió de la pieza, vuelto Alejandro a los Persas: -«Aquí tenéis, amigos, les dice, esas mujeres a vuestro talante, o bien queráis estar con todas ellas, o bien escoger las que mejor os parezcan; que esto pende de vuestro arbitrio. Entretanto, señores, lo mejor fuera, pues me parece hora de levantarnos de la mesa, mayormente viéndoos ya hartos de esas copas, que esas mujeres con vuestra buena gracia pasarán al baño, y luego de lavada y aseadas, volvieran otra vez para haceros buena compañía. Dicho esto, a lo cual accedieron los Persas con mucho gusto y aplauso, haciendo -Alejandro que salieran las mujeres, las envió a su departamento particular. Él entretanto parte luego, y cuantas eran las mujeres, otros tantos donceles o mancebos escoge en palacio, todos sin pelo de barba; dis-

frázales con el mismo traje y gala de aquéllas, les da a cada uno su daga, y los conduce dentro de la sala de los Persas, a quienes al entrar con ellos habló en estos términos: -Paréceme, señores míos, que hemos hecho nuestro deber en daros un cumplido convite, al menos con cuanto teníamos a mano y con cuanto hemos podido hallar; con todo, digo, os hemos procurado regalar y servir como era razón. Mas para coronar la fiesta, queremos echar el resto: aquí os entregamos, a discreción y a todo vuestro placer, nuestras mismas madres y hermanas. Bien echareis de ver en esto que sabemos serviros y queremos respetaros como pide vuestro valor, y con toda verdad podréis decir después al soberano, que el rey de Macedonia, príncipe griego, su feudatario y subalterno, os agasajó como correspondía en la mesa y en el lecho.» Al hacer este cumplido, iba Alejandro con sus mancebos Macedones y hacía sentar uno disfrazado de mujer al lado de cada Persa. Por abreviar, luego que los Persas iban a abusar de dichos jóvenes, los cosían ellos con su daga.

XXI. Por fin concluyó la fiesta en que los Persas, y toda la comitiva de sus criados, quedaron allí para no volver jamás, pues los carruajes que les habían seguido, los servidores con su bagaje y aparato entero, todo en un punto desapareció. No pasó mucho tiempo después de este atentado de Alejandro[14], sin que los Persas del ejército hiciesen las más vivas diligencias en busca de sus embajadores; pero el joven príncipe supo darse tan buena maña, que por medio de grandes sumas logró sobornar al Persa Bubares, caudillo de los que venían en busca de los enviados, dándole asimismo por esposa a una princesa real hermana suya, por nombre Cigea. Así murieron los embajadores Persas, y así se echó una losa encima de su muerte para que no se hablase más de ella.

XXII. Estos reyes Macedones, descendientes de Perdicas[15], pretenden ser Griegos, y yo sé muy bien que realmente lo son; pero lo que

[14] No falta filósofo antiguo ni aun quizá moderno que alabe este hecho de Alejandro: comparadas la insolencia de los unos con la alevosía del otro, no sé a qué parte se inclinará la mayor gravedad de la injuria pública.
[15] Perdicas I, cuarto rey de los Macedones, reinó por los años 691 antes de J.C. Quien sepa las numerosas diligencias que se practicaban en los ejercicios

insinúo aquí, lo haré después evidente con lo que referiré de propósito a su tiempo y lugar[16]. Además, es este ya asunto decidido por los presidentes de los juegos de Grecia que en Olimpia se celebran; porque, como deseoso Alejandro en cierta ocasión, de concurrir a aquel público certamen, hubiese bajado a la arena con esta mira y pretensión, los aurigas sus competidores en la justa le quisieron excluir poniéndole tacha y diciendo que no eran aquellas fiestas para unos antagonistas bárbaros, sino únicamente para competidores Griegos. Pero como probase Alejandro ser de origen Argivo, fue declarado en juicio Griego, y habiendo entrado en concurso con los demás en la carrera del estadio, su nombre salió el primero en el sorteo, juntamente con el de su antagonista.

XXIII. Volviendo a Megabazo, llegó entretanto al Helesponto, llevando consigo a sus prisioneros de la Peonia, y pasando de allí al Asia, se presentó en Sardes. Por este mismo tiempo estaba Histieo el Milesio levantando una fortaleza en el sitio llamado Mircino, que está cerca del río Estrimon, y que en premio de haber conservado el puente de barcas sobre el Danubio, como dijimos, había obtenido de Darío. Había visto por sus propios ojos Megabazo lo que Histieo iba haciendo, y apenas llegó a Sardes con los Peones, habló así al mismo Darío: -«Por Dios, señor, ¿qué es lo que habéis querido hacer dando terreno en Tracia y licencia para fundar allí una ciudad a un Griego, a un bravo oficial, y a un hábil político? Allí hay, señor, mucha madera de construcción, allí mucho marinero para el remo, allí mucha mina de plata; mucho Griego vive en aquellos contornos y mucho bárbaro también, gente toda, señor, que si logra ver a su frente a aquel jefe griego, obedecerle ha ciegamente noche y día en cuanto les ordene. Me tomo la licencia de deciros que procuréis que él no lleve a cabo lo que está ya fabricando, si queréis precaver que no os haga la guerra en casa: puede hacerse la cosa con disimulo y sin violencia alguna, como vos le en-

---

olímpicos, en vista de la sentencia dada en favor de Alejandro, hijo de Amintas, no dudaría que fuesen los Macedones de origen griego, por más que los llamase bárbaros Demóstenes, movido de su odio a Filipo.

[16] L. VIII. c 137.

viéis orden de que se presente, y una vez venido hagáis de modo que nunca más vuelva allá, ni se junte con sus Griegos.

XXIV. Viendo, pues, Darío que las razones de Megabazo eran providencias discretas de un político sagaz y prevenido en lo futuro, se persuadió fácilmente con ellas, y por un mensajero que destinó a Mircino hizo decir de su parte a Histieo: -«El rey Darío me dio para ti, Histieo, este recado formal[17]: Habiéndolo pensado mucho, no hallo persona alguna que mire, mejor que tú por mi corona, cosa que tengo más experimentada con hechos positivos que crecida por buenas razones. Y pues estoy ahora meditando un gran proyecto, quiero que vengas luego sin falta a estar conmigo para poderte dar cuenta cara a cara de lo que pienso hacer.» Con esta orden Histieo se fue luego hacia Sardes, bien persuadido por una parte de que eran sinceras dichas expresiones, y por otra muy satisfecho y ufano de verse consejero de Estado elegido por el rey. Habiéndose, pues, presentado a Darío, hablóle éste en tales términos: -«Voy a decir claramente, Histieo, por qué motivo te he llamado a mi corte. Quiero, pues, que sepas, amigo, que lo mismo fue volverme de la Escitia y retirarte tú de mi presencia, que sentir luego en mí un vivo deseo de tenerte cerca de mi persona, y poder libremente comunicar contigo todas mis cosas, tanto, que empecé al punto a echar de menos tu compañía, sabiendo que no hay bien alguno que pueda compararse con la dicha de lograr por amigo y apasionado a un hombre sabio y discreto: estas dos prendas bien sé que posees en mi servicio, y nadie mejor testigo de ellas que yo mismo. De tí he de merecer, amigo, que te dejes por ahora de Mileto, ni pienses en nuevas ciudades de Tracia. Vente en mi compañía a mi corte de Susa, disfruta conmigo a tu placer de todos mis bienes y regalos, siendo mi comensal y consejero.»

[17] Todavía después de Homero daban los mensajeros en Grecia el recado con oración, como si la persona que los enviaba fuese la que hablase cara a cara. Todo este razonamiento y el que sigue fuera digno de un monarca, si la disimulación y mala fe no le degradara, haciendo que las máximas mas sólidas de la amistad sirvieran de pretexto a la más fina perfidia.

XXV. Así le habló Dario, y dejando en Sardes por virrey a Artafernes, su hermano de parte de padre, dirigióse luego a Susa, llevando en su corte a Histieo. Al partir nombró asimismo por general de las tropas que dejaba en los fuertes de las costas a Otanes, hijo de Sisamnes, uno de los jueces regios a quien, por haberse dejado sobornar en una sentencia inicua, había mandado degollar Cambises, y no satisfecho con tal castigo, cortando por su orden en varias correas el cuero adobado de Sisamnes, había hecho vestir con ellas el mismo trono en que fue dada aquella sentencia: además, en lugar del ajusticiado, degollado y rasgado Sisamnes, había Cambises nombrado por juez a Otanes, su hijo, haciéndole subir sobre aquellas correas a tan fatal asiento, con el triste recuerdo quo al mismo tiempo le hizo, de que siempre tuviera presente el tribunal en que estaba sentado cuando diera sus sentencias.

XXVI. Este mismo Otanes, que antes había sido colocado en aquella funesta silla de juez regio, elegido entonces por sucesor de Megabazo en el mando de general, rindió al frente de sus tropas a los Bizantinos y Calcedonios, tomó la plaza de Antandro, situada en el territorio de Tróada, y conquistó a Lamponio[18]. Con la armada naval le dieron los Lesbios, apoderóse de Lemnos y de Imbro, islas hasta entonces ocupadas de los Pelasgos.

XXVII. Por que si bien es verdad que los Lemios, haciendo al enemigo una resistencia muy vigorosa, se defendieron muy bien por algún tiempo, con todo vinieron al cabo a ser arruinados y deshechos. Los Persas victoriosos señalaron por gobernador de los que en Lemnos habían sobrevivido a su ruina, a Licareto, hermano de aquel célebre Menandrio que había sido señor de Samos; y como gobernador de Lemnos, Licoreto acabó allí sus días[19]..... La causa que contra este

[18] Lamponio, vecina a la ciudad de Antandro, arruinada y sin nombre en el día: Antandro se llama hoy San Dimitri, antes célebre ciudad de los Lelejes y después de los Troyanos en la Misia.

[19] No parece sino que la narración está truncada faltando algún período que sea transición para lo demás del capítulo. En cuanto a lo que sigue, se entiende claramente que habla de Otanes

(Otanes) se intentaba, era por que prendía indistintamente y asolaba todo el país: a unos acusaba de haber sido desertores del ejército en sus marchas contra los Escitas; a otros de haber perseguido las tropas de Darío en su retirada y vuelta de la Escitia. Tales eran las tropelías que había cometido Otanes siendo general.

XXVIII. Hubo después, aunque duró poco, algún descanso y sosiego, porque dos ciudades de Jonia, la de Naxos y la de Mileto, como contaré después, dieron de nuevo principio a los males y calamidades. Era Naxos por una parte la Isla que por su riqueza y poder descollaba sobre las otras asiáticas y por otra veíase Mileto en aquella época en el mayor auge de poder que jamás hubiese logrado, viniendo a ser como la reina y capital de toda la Jonia, a cuya prosperidad llegó después de haberse visto tiempos atrás, cerca de dos generaciones antes, en el estado más deplorable a causa de sus partidos y sediciones, hasta tanto que los Parios, a quienes había elegido Mileto entre todos los Griegos por árbitros y conciliadores, lograron restituir en ella la concordia y el buen orden.

XXIX. Tomaron los Parios un expediente para sosegar aquellos disturbios, pues venidos a la ciudad de Mileto los sujetos más acreditados de Paros, como viesen que en ella andaba todo sin orden, así los hombres como las cosas dijeron desde luego que por sí mismos querían ir a visitar lo restante de aquel Estado y señorío. Al hacer su visita discurriendo por todo el territorio de Mileto, apenas daban con una posesión bien cultivada en aquellas campiñas, que por lo común estaban muy descuidadas, tomaban por escrito el nombre de su dueño. Acabada ya la visita de aquel país, donde pocos fueron los campos que hallaron bien conservados y florecientes, y estando ya de vuelta en la ciudad, reunieron un Congreso general del Estado, y en él declararon por gobernadores y magistrados de la república a los particulares cuyas heredades habían encontrado bien cultivadas, dando por razón de su arbitrio que aquellos sabrían cuidar del bien público como habían sabido cuidar del propio: a los demás ciudadanos de Mileto, a quienes antes se les pasaba todo en partidos y tumultos, precisóseles a que estuvieran bajo la obediencia de aquellos buenos padres de familia.

Con esto los Parios pusieron en paz a los Milesios, restituyendo a la ciudad el buen orden y concierto.

XXX. Estas dos ciudades de Naxos y Mileto fueron, pues, como decía, las que dieron entonces nuevo principio y ocasión a la desventura de la Jonia. Sucedió que, habiendo la baja plebe desterrado en Naxos[20] a ciertos ricos y principales señores, refugiáronse los proscritos a Mileto. Era en aquella sazón gobernador de Mileto Aristagoras, hijo de Molpagoras, quien era yerno y primo juntamente del célebre Histieo el hijo de Lisagoras, a quien Darío tenía en Susa; pues por aquel mismo tiempo puntualmente en que Histieo, señor de Mileto, se hallaba detenido en la corte, sucedió el caso de que vinieran a Mileto dichos Naxios, amigos ya de antes y huéspedes de Histieo. Refugiados, pues, allí aquellos ilustres desterrados, suplicaron a Aristagoras que procurase darles alguna tropa, si se hallaba en estado de poder hacerlo, a fin de que pudieran con ella restituirse a su patria. Pensó Aristagoras dentro de sí, que si por su medio volviesen a Naxos los desterrados, lograría él mismo la oportunidad de alzarse con el señorío de aquel Estado: con este pensamiento, disimulando por una parte sus verdaderas intenciones, y por otra pretextando la buena amistad y armonía de ellos con Histieo, les hizo este discurso: -«No me hallo yo, señores, en estado de poderos dar un número de tropas que suficiente para que a pesar de los que mandan en Naxos podáis volver a la patria, teniendo los Naxios, como he oído, además de 8.000 infantes, una armada de muchas galeras. Mas no quiero con esto deciros que no piense con todas veras en auxiliaros para ello, antes bien se me ofrece ahora un medio muy oportuno para serviros con eficacia. Sé que Artafernes es mi buen amigo y favorecedor, y sin duda sabéis quién es Artafernes, hijo de

[20] Naxos, al presente Naxia, la más rica y feraz de las Cicladas tiene cien millas de circuito, aunque Plinio sólo le da setenta y cinco, y es célebre por su vino y su mármol ofites de color verde con vetas blancas. Ocupáronla al principio los Tracios, gobernados por Boutes, a quienes sucedieron los Tésalos, que después de doscientos años de posesión la abandonaron a causa de una gran carestía; después de la guerra de Troya se hicieron dueños de ella los Carios, de los cuales pasó a unos colonos de Gnido y Rodas, y de éstos últimamente los Jonios

Histaspes, hermano carnal de Darío, virrey de toda la marina general de los grandes ejércitos de mar y tierra: este personaje, pues, sino me engaña el amor propio, dígoos que hará por mí lo que pidamos.» Al oír esto los Naxios dejaron todo el negocio en manos de Aristagoras, para que lo manejara como mejor le pareciese, añadiéndole que bien podía de su parte decir al virrey que no favorecería a quien no lo supiera agradecer, y que los gastos de la empresa correrían de su propia cuenta, pues no podían dudar que lo mismo había de ser presentarse en Naxos que rendirse, no solamente los Naxios, sino aun los demás isleños, y hacer cuanto se les pidiese, no obstante que basta allí ninguna de las Cícladas reconociese por soberano a Darío.

XXXI. Emprende Aristágoras su viaje a Sardes, donde da cuenta y razón a Artafernes de cómo la isla de Naxos, sin ser una de las de mayor extensión, era con todo de las mejores, muy bella, muy cercana a la Jonia, muy rica de dinero, y muy abundante de esclavos. -«¿No haríais, continuó, una expedición hacía allá para volver a Naxos unos ciudadanos que de ella han sido echados? Dos grandes ventajas veo en ello para vos: usa que además de correr de nuestra cuenta los gastos de la armada, como es razón que corran, ya que nosotros los ocasionamos, cuento aun con grandes sumas de dinero para poderos pagar el beneficio: la otra es que aprovechándoos de esta ocasión, no, sólo podréis añadir a la corona la misma Naros, sino también las islas que de ella penden, la de Paros, la de Andros, y las otras que llaman Cícladas. Y dado este paso, bien fácil os será acometer desde allí a Eubea, isla grande y rica, nada inferior a la de Chipre, y lo que más es, fácil de ser tomada. Soy de opinión de que con una armada de cien naves podréis conseguir todas estas conquistas amigo, le respondió Artafernes, muestras bien en lo que me dices el celo del público servicio, y tu afición a la casa real, proponiéndome, no sólo proyectos tan interesantes a la corona, sino dándome al mismo tiempo medios tan oportunos para el intento. En una sola cosa veo que andas algo corto, en el número de naves: tú no pides más que ciento, pues yo te prometo aprestarte doscientas al abrir la primavera; pero es menester ante todo informar al rey, y que nos dé su aprobación.

XXXII. Aristagoras, que tan atento halló al virrey en su respuesta, sobremanera alegre y satisfecho dio la vuelta, para Mileto: Artafernes, después que obtuvo para la expedición el beneplácito de Darío, a quien envió un mensajero dándole cuenta del proyecto de Aristagoras, tripuladas doscientas naves, previno mucha tropa, así persiana como aliada. Nombró después para comandante de la armada al Persa Megabates, que siendo de la casa de los Aqueménidas era primo de Darío. Era Megabates aquel con cuya hija, si es que sea verdad lo que corre por muy válido, contrajo esponsales algún tiempo después el Lacedemonio Pausanias, hijo de Cleombroto, más enamorado del señorío de la Grecia que prendado de la princesa persiana[21]. Luego que estuvo Megabates nombrado por general, dió Orden, Artafernes de que partiera el ejército a donde Aristagoras estaba.

XXXIII. Después de tomar en Mileto las tropas de la Jonia los desterrados de Naxos y al mismo Aristagoras, dióse a la vela Megabates, haciendo correr la voz de que su rumbo era hacia el Helesponto. Llegó a la isla de Chio y dio fondo en un lugar llamado Caúcasa, con la mira de esperar que se levantase el viento Bóreas, para dejarse caer desde allí sobre la isla de Naxos. Anclados en aquel puerto, como que los hados no permitían la ruina de Naxos por medio de aquella armada, sucedió un caso que la impidió. Rondaba Megabates para inspeccionar la vigilancia de los centinelas, y en una nave mindiana[22] halló que ninguno bahía apostado. Llevó muy a mal aquella falta, y enojado dio orden a sus alabarderos que le buscasen al capitán de la nave, que se llamaba Scilaces, y hallándolo, mandóle poner atado en la portañola del remo ínfimo, en tal postura, que estando adentro el cuerpo sacase hacia fuera la cabeza. Así estaba puesto a la vergüenza el Scilaces, cuando va uno a avisar a Aristagoras y decirle cómo aquel Mindio su amigo y huésped le tenía Megabates cruelmente atado y puesto al

[21] No parece que hubiera leído Herodoto la carta de Pausanias que trae Tucidides escrita a Jerges, a quien en premio de su alevosía pide por esposa una hija del mismo rey, y no de Megabates.

[22] Mindo, hoy Mentese, ciudad de consideración en la Caria y colonia de los Trecenios.

oprobio. Al instante se presenta Aristagoras al Persa, y se empeña muy de veras a favor del capitán; nada puede alcanzar de lo que pide, pero va en persona a la nave y saca a su amigo de aquel infame cepo. Sabida la libertad que Aristagoras se había tomado, se dio Megabates por muy ofendido, y puso en él la lengua baja y villanamente. -«¿Y quién eres tú, le replicó Aristagoras, y qué tienes que ver en eso? ¿No te envió Artafernes a mis órdenes, para que vinieras donde quisiere yo conducirte? ¿para qué te metes en otra cosa?» Quedó Megabates tan altamente resentido de la osadía con que Aristagoras le hablaba, que venida la primera noche, despachó un barco para Naxos con unos mensajeros que descubrieran a los Naxios el secreto de cuanto contra ellos se disponía.

XXXIV. Ni por sombra había pasado a los Naxios por la mente que pudiera dirigirse contra ellos tal armada; pero lo mismo fue recibir el aviso que retirar a toda prisa lo que tenían en la campiña, y, acarreando a la plaza[23] todas las provisiones de boca, prepararse para poder sufrir un sitio prolongado, no dudando que se halilában en vísperas de una gran guerra. Con esto cuando los enemigos salidos de Chio llegaron a Naxos con toda la armada, dieron contra hombres tan bien fortificados Y prevenidos, que en vano fue estarles sitiando por cuatro meses enteros. Al cabo de este tiempo, como a los Persas se les fuese acabando el dinero que consigo habían traído, y Aristagoras hubiese ya gastado mucho de su bolsillo, viendo que para continuar el asedio se necesitaban todavía mayores sumas, tomaron el partido de edificar unos castillos en que se hiciesen fuertes aquellos desterrados, y resolvieron volverse al continente con toda la armada, malograda de todo - punto la expedición.

XXXV. Entonces fue cuando Aristagoras, no pudiendo cumplir la promesa hecha a Artafernes, viéndose agobiado con el gasto de las tropas que se le pedía, temiendo además las consecuencias de aquella su desgraciada expedición, mayormente habiéndose enemistado en ella

[23] Nota Ateneo que los Naxios ricos vivían comúnmente en la misma ciudad, dejando en las aldeas a la gente pobre, lo que así mismo sucedía en el Atica.

con Megabates, sospechando, en suma, que por ella seria depuesto del gobierno y dominio de Mileto; amedrentado, digo, con todas estas reflexiones y motivos, empezó a maquinar una sublevación para ponerse en salvo. Quiso a más de esto la casualidad que en aquella agitación le viniera desde Susa, de parte de Histieo, un enviado con la cabeza toda marcada con letras, que significaban a Aristagoras que se sublevase contra el rey. Pues como Histieo hubiese querido prevenir a su deudo que convenía rebelarse, y no hallando medio seguro para posarle el aviso por cuanto estaban los caminos tomados de parte del rey, en tal apuro había rasurado a navaja la cabeza del criado que tenía de mayor satisfacción, habíale marcado en ella con los puntos y letras que le pareció, esperó después que le volvieran a crecer el cabello, y crecido ya, habíalo despachado a Mileto sin más recado que decirle de palabra que puesto en Mileto pidiera de su parte a Aristagoras que, cortándole a navaja el pelo, le mirara la cabeza. Las notas grabadas en ella significaban a Aristagoras, como dije, que se levantase contra el Persa. El motivo que para tal intento tuvo Histieo, parte nacía de la pesadumbre gravísima que su arresto en Susa le ocasionaba, parte también de la esperanza con que se lisonjeaba de que en caso de tal rebelión sería enviado a las provincias marítimas, estando al mismo tiempo convencido de que a menos que se rebelara Mileto, nunca más tendría la fortuna de volver a verla. Con estas miras despachó Histieo a dicho mensajero.

XXXVI. Tales eran las intrigas y acasos que juntos se complicaban a un tiempo alrededor de Aristagoras, quien convoca a sus partidarios, les da cuenta así de lo que él mismo pensaba como de lo que Histieo le prevenía, y empieza muy de propósito a deliberar con ellos sobre el asunto. Eran los más del parecer mismo de Arístagoras acerca de negar al Persa la obediencia; pero no así Hecateo el historiador, quien haciendo una descripción de las muchas naciones que al Persa obedecían y de sus grandes fuerzas y poder, votó desde luego que no les cumplía declarar la guerra a Darío, el gran rey de los Persas; y como viese que no era seguido su parecer, votó en segundo lugar que convenía hacerse señores del mar, pues absolutamente no veía cómo pudieran, a menos

de serlo, salir al cabo con sus intentos; que no dejaba de conocer cuán cortas eran las fuerzas de los Milesios, pero sin embargo, con tal que quisieran echar mano de los tesoros que en el templo de Bránchidas había ofrecido el Lydio Creso, tenía fundamento de esperar que en fuerzas navales podrían ser superiores al enemigo; que en el medio que les proponía contemplaba doble ventaja para ellos, pues a más de servirse de dicho dinero en favor del público, estorbarían que no lo sacase el enemigo en daño de ellos. Ciertamente, como llevo dicho en mi primer libro, eran copiosos los mencionados tesoros. Por desgracia, tampoco fue seguido este segundo parecer, sino que quedó acordada la rebelión, añadiendo que uno de ellos se embarcase luego para Miunte, donde aun se mantenía la armada vuelta de Naxos, y procurase poner presos a los capitanes que se hallaban a bordo de sus respectivas naves.

XXXVII. Enviado, pues, allá Yatragortas con esta comisión, apoderóse con engaño de la persona de Oliato el Melaseo, hijo de Ibánolis, de la de Histieo el Termerense[24], hijo de Timnes, de la de Coes, hijo de Exandro, a quien Darío había hecho gracia del señorío de Mitilene, de la de Aristagoras el Cimeo, hijo Heráclides, y otros muchos jefes. Levantado ya abiertamente, contra Darío y tomando contra él todas sus medidas, lo primero que hizo Aristagoras fue renunciar, bien que no más de palabra y por apariencia, el dominio de Mileto, fingiendo restituir a los Milesios la libertad, para lograr de ellos por este medio que de buena voluntad le siguieran en su rebelión. Hecho esto en Mileto, otro tanto hacía en lo restante de la Jonia, de cuyas ciudades iba arrojando algunos de sus tiranos: aun más, a los caudillos que había prendido sobre las naves de la armada que acababa de volver de Naxos, fue entregándolos a sus respectivas ciudades, cuyo dominio poseían, y esto con la dañada intención de ganárselas a todas para su partido.

XXXVIII. Resultó de ahí que los Mitileneos, apenas tuvieron a Coes en su poder, sacándole al campo le mataron a pedradas, si bien los Cimeos dejaron que se fuese libre su tirano, sin usar con él de otra

violencia. Otro tanto hicieron con sus respectivos señores las más de las ciudades, y cesó por entonces en todas ellas la tiranía o el dominio de un señor. Quitados ya los tiranos, dio orden el Milesio Aristagoras a todas aquellas ciudades, que cada cual nombrase un general de su propia milicia, y practicada esta diligencia, viendo que necesitaba absolutamente hallar algún aliado poderoso para su empresa, fuese él mismo para Lacedemonia en su galera en calidad de enviado de la Jonia.

XXXIX. No reinaba ya en Esparta Anaxandrides, hijo de Leon, sino Cleomenes su hijo, el cual en atención a sus prendas y valor, si no al derecho de su familia, muerto su padre, había sido colocado sobre el trono. Para manifestar el origen y nacimiento de Cleomenes, se debe saber que se hallaba primero casado Anaxandrides con una hija de su hermana, a quien por más que no le diera sucesión amaba tierna y apasionadamente. Viendo los Eforos lo que a su rey acontecía, le reconvinieron hablándole en esta forma: -«Visto tenemos cuán poco cuidas de tus verdaderos intereses: nosotros, pues, que ni debemos despreciarlos, ni podemos mirar con indiferencia que la sangre y familia de Euristenes acaben en tu persona, hemos tomado sobre ello nuestras medidas. Tú misino ves por experiencia que no te da hijos esa mujer con quien estás casado; nosotros queremos que tomes otra esposa, asegurándote de que si así lo hicieres, darás mucho gusto a los Espartanos.» A tal amonestación de los Efopos respondió resuelto, Anaxandrides que ni uno ni otro haría, pues ellos exhortándole a tomar otra mujer dejando la presente, que no lo tenía en verdad merecido, le daban un consejo indiscreto, que jamás pondría por obra, por más que se cansasen en inculcárselo.

XL. Tomando los Eforos y los Gerontes (o senadores) de Esparta su acuerdo acerca de la respuesta y negativa del rey, de nuevo así le representan: -«Ya que tan apegado estás a la mujer con quien te hallas ahora casado, toma por los menos estotro consejo que te vamos a proponer, y guárdate de porfiar en rechazarlo, ni quieras exponerte a que

[24] Mileso, o, como ahora se llama, Melaso, era una rica ciudad de la Caria: Termera otra ciudad en los confines de la Caria y la Licia, cuyas ruinas no son

tomen los Espartanos alguna resolución que no te traiga mucha cuenta. No pretendemos ya que te divorcies, ni que eches de tu a esa tu querida esposa; vive con ella, en adelante, como has vivido hasta aquí, no te lo prohibimos; mas absolutamente queremos de tí que a más de esa estéril tomes otra mujer que sepa concebir.» Cediendo por fin Anaxandrides a esta representación, y casado con dos mujeres, tuvo desde entonces dos habitaciones establecidas, yendo en ello contra la costumbre de Esparta.

XLI. No pasó mucho tiempo, después del segundo matrimonio, hasta que la nueva esposa dio a luz a Cleomenes, al mismo tiempo hizo la fortuna que la primera mujer, antes por largos años infecunda, se sintiera preñada: los parientes de la otra esposa a cuyos oídos llegó el nuevo preñado, alborotaban sin descanso, y gritaban que aquella se fingía en cinta con la mira de suponerse por hijo un parto ajeno; pero en realidad se hallaba la princesa embarazada. Quejándose, pues, altamente de aquella preñez simulada, movidos los Eforos de la sospecha de algún engaño, llegado el tiempo quisieron asistir en persona a la mujer en el acto mismo de parir. En efecto, parió ella la primera vez a Dorleo, y de otro parto consecutivo a Leonidas, y de otro tercero a Cleombroto, aunque algunos quieren decir que estos dos últimos fueron gemelos; y por colmo de singularidad, la quejosa madre de Cleomenes, la segunda esposa de Anaxandrides, hija de Prinetades y nieta de Demarmeno, nunca más volvió a parir de allí adelante.

XLII. De su hijo Cleomenes corre por muy valido que, nacido con vena de loco, jamás tuvo cumplido el seso, al paso que Dorieo salió un joven el más cabal que se hallase entre los de su edad, lo que le hacía vivir muy confiado de que la corona recaería en su cabeza. En medio de esta creencia, vio por fin que a la muerte de su padre Anaxandrides, atenidos los Lacedemonios a todo el rigor de la ley, nombraron por rey al primogénito Cleomenes, de lo cual dándose Dorieo por muy resentido y desdeñándose de tener tal soberano, pidió y obtuvo el permiso de llevar consigo una colonia de Espartanos. En la fuga de su re-

acaso conocidas.

sentimiento, ni se cuidó Dorieo de consultar en Delfos al oráculo hacia qué tierra debería conducir la nueva colonia, ni quiso observar ceremonia alguna de las que en tales circunstancias solían practicarse, sino que ligera y prontamente se hizo a la vela para Libia, conduciendo sus naves unos naturales de Tera. Llegó a Cinipe, y cerca de este río, en el lugar más bello de la Libia, plantó luego su nueva ciudad, de donde arrojado tres años después por los Macas, naturales de la Libia, auxiliado por los cartagineses, volvióse al Peloponeso.

XLIII. Allí un tal Anticares, de patria Eleorio, sugirióle la idea de que, ateniéndose a los oráculos de Layo, fundase a Heraclea en Sicilia, diciéndole que todo el territorio da Eris, por haberlo antes poseído Hércules, era propiedad de los Heraclidas[25]. Oída esta relación, hace Dorieo un viaje a Delfos a fin de saber del oráculo si lograría en efecto: apoderarse del país adonde se le sugería que fuese, y habiéndole respondido la Pythia afirmativamente, toma de nuevo aquel convoy que había primero conducido a la Libia, y parte con él para Italia.

XLIV. Estaban cabalmente los Sibaritas en aquella sazón, según cuentan ellos mismos, para emprender, con su rey Telis[26] al frente, una expedición contra la ciudad de Crotona, cuyos vecinos con sus ruegos, nacidos del gran miedo en que se hallaban, alcanzaron de Dorieo que fuera socorrerles; y fue el socorro tan poderoso, que llevando sus armas el Espartano contra la misma Sibaris, rindió con ellas la plaza, hazaña que los Sibaritas atribuyen a Dorieo y a los de su comitiva. No así los Crotoniatas, quienes aseguran y porfían que en dicha guerra contra los Sibaritas no vino a socorrerles ningún extranjero más que

[25] El derecho de Hércules sobre la región Ericina proviene, según Diodoro Sículo, de haber aquel héroe vencido en la lucha a Eris, rey del país, y haber quedado señor del territorio que dejó en fideicomiso a los naturales, hasta tanto que algún hijo suyo viniera a reclamarle. Acerca de los oráculos de Layo ninguna noticia de ellos hallamos en otros autores.

[26] A este rey llama Diodoro Sículo «demagogo» u orador público, como llamó también Aristóteles a Cipselo tirano de Corinto: en la democracia reinan comúnmente los demagogos, y alguna vez de oradores pasan a ser tiranos. La famosa Sibaris, arruinada por los Crotoniatas y reedificala con el nombre de Turio, su cree que sea hoy la aldea Torre Brodoqueto, en la Calabria.

uno solo, que fue Calias el Adivino, natural de Elida y de la familia de los Yamidas; y de este dicen que se les agregó de un modo singular, pues estando antes con Telis, señor de los Sibaritas, y viendo que ninguno de los sacrificios que éste hacía para ir contra Cretona le salía con buen auspicio, pasó fugitivo a los Crotoniatas, al menos como ellos lo cuentan.

XLV. Y es extraño que entrambas ciudades pretendan tener pruebas y monumentos de lo que dicen, pues afirman los sibaritas, que, tomada ya la ciudad, consagró Dorieo un recinto, y edificó un templo cerca del río seco que llaman Crastis, y lo dedicó a Minerva, por sobrenombre Crastia. Pretenden además ser la muerte de Dorieo manifiesta prueba de lo que dicen, queriendo que por haber obrado aquél contra el intento y prevención del oráculo muriese de muerte desgraciada, pues si en nada se hubiera desviado Dorieo del aviso y promesa del oráculo, marchando a poner por obra la empresa para él destinada, sin duda, según arguyen, se hubiera apoderado de la comarca Ericina y la hubiera disfrutado después, sin que ni él ni su ejército hubiera allí perecido. Pero los Crotoniatas, por su parte, en el campo mismo de Crotona enseñan muchas heredades que se dieron entonces privativamente a Calias el Eleo en premio de sus servicios, cuyos nietos las gozan aun al presente, cuando no consta haberse hecho merced ni gracia alguna a Dorieo ni a sus descendientes. ¿Y quién no ve que si en la guerra sibarítica les hubiera asistido Dorieo, era consecuencia que se desprendía del asunto haber dado muchos más premios a aquél que al adivino Calias? Tales son las pruebas que una y otra ciudad alegan a su favor; en mi opinión, puede cada uno asentir la que más fuerza le hiciere.

XLVI. Vuelvo a Dorieo, en cuya comitiva se embarcaron otros Espartanos, como conductores de dicha colonia, que eran Tésalo, Parebates, Celeés y Eurileon. Habiendo, pues, arribado estos a Sicilia con toda su armada y convoy, acabaron allí sus días a manos de los Feni-

cios y de los Egestanos[27], que les vencieron en campo de batalla, pudiéndose librar de la desgracia común uno solo de los conductores, que fue Eurileon. Este jefe, recogidos los restos que del ejército quedaban salvos, se apoderó con ellos de Minoa, colonia de los Selinusios, y unido con éstos, les libró del dominio que sobre ellos tenía su soberano Pitágoras. Desgraciadamente, el mismo Eurileon, después de haber acabado con aquel monarca, se apoderó de Selinunte, donde por algún tiempo reinó como soberano; motivo por el cual los Selinusios amotinados le quitaron la vida, sin que le valiese haberse refugiado al ara de Júpiter Agoreo.

XLVII. Iba en la comitiva de Dorieo un ciudadano de Cortona, por nombre Filipo, hijo de Butacides, y le acompañó asimismo en la muerte. Después de haber contraído esponsales con una hija de Telis, rey de los Sibaritas, como no hubiese logrado Filipo casarse con dama tan principal, fuese de Crotona fugitivo corrido de la repulsa, y se embarcó para Cirene, de donde en una nave propia y con tripulación mantenida a su costa salió siguiendo a Dorieo. Había él llegado a ser *Olimpionica* **(**vencedor en los juegos olímpicos), tanto que su gentileza y bizarría obtuvo de los Egestanos lo que ningún otro logró jamás, pues le alzaron un templo en el lugar de su sepultura, y como a un héroe le hacían sacrificios.

XLVIII. Tan desgraciado fin tuvo Dorieo, quien si quedándose en Esparta hubiera sabido obedecer a Cleomenes, llegara a ser rey de Lacedemonia, donde éste no reinó largo tiempo, muriendo sin sucesión varonil, y dejando solamente una hija llamada Gorgo.

XLIX. Pero volviendo ya al asunto, Aristagoras el tirano de Mileto llegó a Esparta, teniendo en ella el mando Cleomenes, a cuya presencia compareció según cuentan los Lacedemonios, llevando en la

[27] Egesta o Segesta, célebre ciudad de Sicilia entre el promontorio Lilibeo y Panormo, correspondía al lugar que se llama Bárbara. En cuanto a Minoa, que se llamó después Heraclea, y a Selinunte, célebre colonia de los Megarenses, ambas hoy arruinadas, se hallaba la primera cerca del cabo Blanco, y la segunda en la Terra del pulici, en la provincia de Mazara.

mano una tabla de bronce (a manera de mapa)[28], en que se veía grabado el globo de la tierra, y descritos allí todos los mares ríos; y entrando a conferenciar con Cleornenes, forma: -«No tienes que extrañar ahora, oh Cleomenes, el empeño que me tomo en esta visita que en persona te hago, pues así lo pide sin duda la situación pública del Estado, siendo para nosotros los Jonios la mayor infamia y la pena más sensible, de libres vernos hechos esclavos, no siéndolo menos, por no decir mucho más, para vosotros el permitirlo, puesto que tenéis el imperio de la Grecia. Os pedimos, pues, ahora, oh Lacedemonios, así os valgan y amparen los Dioses tutelares de la Grecia, que nos saquéis de esclavitud a nosotros los Jonios, en quienes no podéis menos de reconocer vuestra misma sangre: porque en primer lugar os aseguro que para vosotros no puede ser más fácil y hacedera la empresa, pues que no son aquellos bárbaros hombres de valor, y vosotros sois en la guerra la tropa más brava del mundo. ¿Queréis ver claramente lo que afirmo? En las batallas las armas con que pelean son un arco y un dardo corto, y aun más, entran en combate con largas túnicas y turbantes en la cabeza. Mira cuán fácil cosa será vencerles. Quiero que sepas, en segundo lugar, cómo los que habitan aquel continente del Asia poseen ellos solos más riquezas y conveniencias que los demás de la tierra juntos, empezando a contar del oro, plata, bronce, trajes y adornos varios, y siguiendo después por sus ganados y esclavos, riquezas todas que como de veras las queráis, podéis ya contarlas por vuestras. Quiero ya declararte la situación y los confines de las naciones de que hablo. Con estos Jonios que ahí ves (esto iba diciendo mostrando los lugares en aquel globo de la tierra que en la mano tenía, grabado en una plancha de bronce), con estos Jonios confinan los Lydios, pueblos que poseyendo una fertilísima región no saben qué hacerse de la plata que tienen: con esos Lydios, continuaba el geógrafo Aristagoras, confinan por el Levante los Frigios, de quienes puedo decirte que son los hombres más opulentos en ganados, en granos y en frutos de cuantos sepa. Pa-

[28] Esta especie de mapas o *pinax*, tablas de bronce grabadas con los nombres de ríos, mares y naciones, ¿no darían lugar a las pinturas de varios colores,

sando adelante, confinan ahí con los Frigios los Capadocios a quienes llamamos Sirios, cuyos vecinos son los Cílices, pueblos que se extienden hasta las costas del mar, en que cae la isla de Chipre que ahí ves, los cuales quiero que sepas que contribuyen al rey con 500 talentos ánuos: confinan con los Cílices esos Armenios, riquísimos ganaderos con quienes alindan los Matienos, cuya es esa región. Sígueles inmediatamente esa provincia de la Cisia, y en ella a las orillas del río Coaspes está situada la capital de Susa, que es donde el gran rey tiene su corte, y donde están los tesoros de su erario; y me atrevo a asegurarte que como toméis la ciudad que ahí ves, bien podéis apostároslas en riquezas con el mismo Júpiter. ¿No es bueno, Cleomenes, que vosotros los Lacedemonios, a fin de conquistar dos palmos más de tierra, y esa no más que mediana, os empeñéis así contra los Mesinos, que bien os resisten, como contra los Arcades y los Argivos, pueblos que no tienen en casa ni oro ni plata, que son conveniencias y ventajas por cuyo alcance puede uno con razón y suele morir con las armas en la mano, al paso que pudiendo con facilidad, sin esfuerzos ni trabajo, haceros dueños desde luego del Asia entera, no queráis correr tras esta presa sino ir en busca de no sé qué bagatelas y raterías?»

L. Así terminó Aristagoras su discurso, a quien brevemente respondió Cleomenes: -«Amigo Milesio, pensará sobre ello: después de tres días, volverás por la respuesta.» En estos términos quedó por entonces el negocio. Llega el día aplazado; concurre Aristagoras al lugar destinado para saber la respuesta, y le pregunta desde luego Cleomenes cuántas eran las jornadas que había desde las costas de Jonia hasta la corte misma del rey. Cosa extraña: Aristagoras, aquel hombre por otra parte tan hábil y que también sabía deslumbrar a Cleomenes, tropezando aquí en su respuesta, destruyó completamente su pretensión; porque no debiendo decir de ningún modo lo que realmente había, si quería en efecto arrastrar al Asia a los Espartanos, respondió con todo francamente que la subida a la corte del rey era viaje de tres meses. Cuando iba a dar razón de lo que tocante al viaje acababa de decir, interrúm-

usadas en los libros y códices antiguos?

pele Cleomenes el discurso empezado, y le replica así: -«Pues yo te mando, amigo Milesio, que antes de ponerse el sol estés ya fuera de Esparta. No es proyecto el que me propones que deban fácilmente emprender mis Lacedemonios, queriéndomelos apartar de las costas a un viaje no menos que de tres meses.» Dicho esto, le deja y se retira a su casa.

LI. Viéndose Aristagoras tan mal despachado y despedido, toma en las manos en traje de suplicante un ramo de olivo, y refugiándose con él al hogar mismo de Cleomenes, le ruega por Dios que tenga a bien oirle a solas, haciendo, retirar de su vista aquella niña que consigo tenía, pues se hallaba casualmente con Cleomenes su hija Gorgo, de edad de 8 a 9 años, única prole que tenía. Respóndele Cleomenes que bien podía hablar sin detenerse por la niña de cuanto quisiera decirle. Al primer embite ofrécele, pues, Aristagoras hasta 10 talentos, si consentía en hacerle la gracia que le pidiera: rehúsalos Cleomenes, y él, subiendo siempre de punto la promesa, llega a ofrecerle hasta 50 talentos. Entonces fue cuando la misma niña que lo oía: -«Padre, le dijo, ese forastero, si no le dejais presto, yéndoos de su presencia, logrará al cabo sobornaros por dinero.» Cayéndole en gracia a Cleomenes la simple prevención de la niña, se retiró de su presencia pasando a otro aposento. Precisado con esto Aristagoras a salir de Esparta, no tuvo lugar de hablarle otra vez para darle razón del largo camino que había hasta la corte del rey.

LII. Voy a explicar lo que hay en realidad acerca de dicho viaje. Por toda aquella carrera, caminando siempre por lugares poblados y seguros, hay de orden del rey distribuidas postas y bellos paradores; las postas para correr la Lydia y la Frigia son veinte, y con ellas se corren noventa y cuatro parasangas y media. Al salir de la Frigia se encuentra el río Halis, que tiene allí sus puertas, y en ellas hay una numerosa guarnición de soldados, siendo preciso que transite por allí el que quiera pasar aquel río. Entrado ya en Capadocia, el que la quisiere atravesar toda hasta ponerse en los confines de la Cilicia, hallará veintiocho postas y correrá con ella ciento cuatro parasangas. En las fronteras de Cilicia se pasa por dos diferentes puertas y por dos cuerpos de guardia

en ellas apostados. Saliendo de estos estrechos de Capadocia y caminando ya por la misma Cilicia, hay tres postas que hacer y quince parasangas y media que pasar. El término entre Cilicia y Armenia es un río llamado Eufrates, que se pasa con barca. Encuéntranse en Armenia quince mesones con sus quince postas, con las cuales se hacen de camino cincuenta y seis parasangas y media. Cuatro son los ríos que por necesidad han de pasarse con barca, recorriendo la Armenia: el primero es el Tigris propiamente dicho; el segundo y tercero llevan también el nombre de Tigris, no siendo unos mismos con el primero, ni saliendo de un mismo sitio, pues el primer Tigris baja de la Armenia, al paso que los otros dos que se hallan después de él bajan de los Matienos; el cuarto río, que lleva el nombre de Gindes, es el mismo que sangró Giro en 370 canales[29]. Dejando la Armenia, hay en la provincia Matiena, donde se entra inmediatamente, cuatro postas que correr. Pasando de esta a la región Cisia, se encuentran en ella once postas, y se corren cuarenta y dos parasangas y media, hasta que por fin se llega al río Coaspes, que se pasa con barca, y en cuyas orillas está edificada la ciudad de Susa. En suma, suben a ciento once todas las postas, a las que corresponden otros tantos mesones y paradores al viajar de Sardes a Susa[30].

LIII. Ahora, pues, si se tomaron bien las medidas de dicha carrera o camino real, contando por parasangas y dando a cada una treinta estadios, que son los que realmente contiene, se hallará que hay cuatrocientos cincuenta parasangas, y en ellas trece mil quinientos estadios,

[29] Dúdase qué ríos fuesen los dos Tigris menores, a no ser el Lico y el Caper, llamados hoy día, aquel el Zab mayor, y éste el pequeño Zab. Al Gindes no le dan nombre los modernos, pues quizá dividido por Ciro en 370 acequias perdió su curso antiguo o del todo desapareció.

[30] En el imperio Romano, como en casi toda la Europa moderna, estaban también en uso tales postas públicas con sus paradores, ya para pernoctar, ya para mudar de caballerías. Por lo común, a cada posta correspondían cinco parasangas, a cada parasanga treinta estadios, y ocho estadios a cada milla, aunque se halla alguna variación en los autores. Los números en el texto están sin duda equivocados, pues el total no se ajusta con las partidas, faltando a la suma treinta postas, y no resultando de la partida más que trescientas treinta y seis parasangas, en vez de las cuatrocientas cincuenta que deduce el autor.

yendo de Sardes has1n los palacios Memnonios, que así llaman a Susa, de donde haciendo uno por día el camino de ciento cincuenta estadios, se ve que deben contarse para aquel viaje noventa días acbales.

LIV. Así que muy bien dijo Aristagoras el Milesio en la respuesta dada al Lacedemonio Cleomenes, que era de tres meses el viaje para subir a la corte del rey. Mas por si acaso desea alguno una cuenta aun más precisa y exacta, voy a satisfacer luego a su curiosidad: añádame éste, como debe sin falta añadir a la cuenta de arriba, el viaje que hay que hacer desde Efeso hasta Sardes; digo, pues, ahora que desde el mar de la Grecia Asiática, o desde las costas de Efeso, hay catorce mil cuarenta estadios hasta la misma Susa, o llámese ciudad Memnonia, siendo quinientos cuarenta estadios los que realmente se cuentan de Efeso a Sardes, y con estos alargaremos tres días más el citado viaje de tres meses.

LV. Volvamos a Aristagoras, que saliendo de Esparta aquel mismo día, tomó el camino para Atenas, ciudad libre ya entonces, habiendo sacudido el yugo de sus tiranos del modo siguiente: Aristogiton y Harmodio, dos ciudadanos descendientes de una familia Gerifea, habían dado muerte a Hiparco, hijo de Pisistrato y hermano del tirano Hipias, el cual entre sueños había tenido una clarísima visión del desastre que le esperaba. Después de tal muerte sufrieron los Atenienses por espacio de cuatro años el yugo de la tiranía, no menos que antes, o por decir mejor, sufrieron mucho más que nunca.

LVI. He aquí cómo pasó lo que empecé a decir de la visión que tuvo Hiparco entre sueños. Parecíale en la víspera misma de las fiestas Panateneas, que poniéndosele cerca un hombre alto y bien parecido, le decía estas enigmáticas palabras: -*«Sufre, leon, un azar insufrible; súfrelo mal que te pese; nadie haga tal, o nadie deje de pagarlo.»* No bien amaneció al otro día, cuando Hiparco consultó públicamente con los intérpretes de sueños su nocturno visión; pero sin cuidarse de conjurarla desde luego, fuese a la procesión de aquella fiesta y en ella pereció.

LVII. Acerca de los Gerifeos, de cuya ralea fueron los, asesinos de Hiparco, dicen ellos mismos tener de Eritrea su origen y alcurnia, pero,

según averigüé por mis informes, no son sino Fenicios de prosapia, descendientes de los que en compañía de Cadmo vinieron al país que llamamos al presente Beocia, donde fijaron su asiento y habitación, habiéndoles cabido en suerte la comarca de Tanagra[31]. Echados los Cadmeos de dicho país por los Argivos, fueron después los Gerifeos arrojados del suyo por los Beocios, y con esto se refugiaron al territorio de los Atenienses, los cuales concediéronles naturalización entre sus ciudadanos, si bien con algunos pactos y condiciones, intimándoles que se abstuviesen de ciertas cosas, que no eran pocas, pero que no merecen la pena de ser referidas.

LVIII. Ya que hice mención de los Fenicios venidos en compañía de Cadmo, de quienes descendían dichos Gerifeos, añado que entre otras muchas artes que enseñaron a los Griegos establecidos ya en su país, una fue la de leer y escribir, pues antes de su venida, a mi juicio, ni aun las figuras de las letras corrían entre los Griegos[32]. Eran éstas, en efecto, al principio las mismas que usan todos los Fenicios, aunque andando el tiempo, según los Cadmeos fueron mudando de lenguaje, mudaron también la forma de sus caracteres. Los Jonios, pueblo griego, eran comarcanos por muchos puntos en aquella sazón con los Cadmeos, de cuyas letras, que habían aprendido de estos Fenicios, se servían, bien que mudando la formación de algunas pocas, y según pedía toda buena razón, al usar de tales letras las llamaban letras feni-

[31] Ciudad de la Beocia, al presente Anatoria.
[32] Mucho se disputó entre los eruditos acerca del primer hombre que inventó las letras, y del primer pueblo que las usó y las comunicó a los demás. Josefo concede a los antediluvianos el arte de escribir, conservado después en los Noaquidas, especialmente en los que permanecieron en las metrópolis del Asia, opinión en que me afirmo viendo que las naciones más antiguas de Europa usaban de los caracteres y letras fenicias y pelásgicas, las cuales aunque creo con algunos eruditos que eran conocidas entre los Griegos antes de Cadmo, también parece que unas y otras no serían muy diferentes de las sirias y hebreas, pues en las inscripciones más antiguas de Grecia se escribía de derecha a izquierda al modo de los orientales, y Plutarco dice que aquellos caracteres eran muy semejantes a los egipcios. El alfabeto inroducido por Cadmo no se componía más que de dieciséis letras, pues las otras cinco se inventaron algo después.

cias, como introducidas en la Grecia por los Fenicios. A los biblos (o libros de papel) los llamaba asimismo los Jonios anticuadamente *difteras* (o pergaminos), porque allá en tiempos antiguos, por ser raro el biblo o papel, se valían de pergaminos de pieles de cabra y de oveja, y aun en el día son muchas las naciones bárbaras que se sirven de *difteras.*

LIX. Yo mismo vi por mis propios ojos en Tebas de Beocia, en el templo de Apolo el Ismenio, unas letras, cadmeas grabadas en unas trípodes y muy parecidas a las letras jonias: una de las trípodes contiene esta inscripcion: -*«Aquí me colocó Anfitrion, vencedor de los Teloboas.»* La dedicación de ella sería hacia los tiempos de Layo, hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro y biznieto de Cadmo.

LX. Otra de las mencionadas trípodes dice así en verso exámetro: -*«A tí, sagitario Febo, me consagró Scéo, tuchador victorioso por lucidísima joya.»* Debió de ser dicho Scéo el hijo de Hipócrates[33], a no ser que hiciese tal ofrenda algún otro del mismo nombre de Scéo, hijo de Hipócrates, que vivía en tiempo de Edipo, hijo de Layo.

LXI. He aquí lo que dice otra tercera tripode, también en verso exámetro: -*«Reinando solo Laodamante, regaló al Dios Apolo, certero en sus tiros, esta trípode, linda presea.»* En tiempo de este Laodamante, hijo de Eteocles, que mandaba solo entre los Cadmeos, fue cabalmente cuando éstos, echados de su patria por los Argivos, se refugiaron a los pueblos llamados Euqueleas[34], si bien quedando por entonces los Gerifeos en su país, sólo algún tiempo después fueron obligados por los Beocios a retirarse a Atenas. Tienen los Gerifeos construidos en Atenas templos particulares en que nada comunican con ellos los demás Atenienses, siendo santuarios de ritos separados, de los cuales es uno el templo de Céres Acaica con sus orgías o misterios propios.

---

[33] Esceo y su padre Hipocoonte fueron ambos muertos por Hércules.

[34] Eran los Buqueleas un pueblo de la Iliria o Esclavonia, donde había mandado ya Cadmo, y en el cual hallaron refugio los Cadmeos arrojados por los Argivos, a cuyo frente habían venido los Egigonos o hijos de los capitanes muertos antes en el sitio de Tebas.

LXII. Hasta aquí llevo dicho cuál fue la visión que tuvo Hiparco entre sueños, y de dónde los Gerifeos, de cuya raza fueron los matadores de Hiparco, eran oriundos en lo antiguo. Ahora será bien volver a tomar ya el hilo de la narración comenzada, y acabar de declarar lo que decía sobre el modo con que se libraron por fin los Atenienses del yugo de sus tiranos. Sucedió, pues, que siendo Hipias tirano en Atenas, y estando muy irritado contra aquel pueblo a causa del asesinato cometido en Hiparco su hermano, procuraban en tanto con todas veras y por todos los medios posibles volver a su patria los Alcmeonidas, familia de Atenas echada de allí por los hijos de Pisistrato, y lo mismo procuraban con ellos otros desterrados. Viendo los Alcmeonidas cuán mal les había salido la tentativa, a fin de volver a la patria y procurar la libertad de Atenas, fortificados en un lugar llamado Lipsidrio, sobre el monte Parnetes, no dejaban piedra por mover para dañar a los Pisistrátidas. En tal estado, concertándose con los Anfictiones, tomaron a su cargo levantar el templo que al presente hay en Delfos y que entonces no existía: siendo, pues, hombres opulentos y de una familia de tiempo atrás muy ilustre, hicieron el templo mucho más bello y lucido de lo que requería ajustado al modelo, así en las partes de la fábrica, como en el frontispicio singularmente, pues estando en la contrata que el templo debería ser de mármol Porino, hicieron la fachada de mármol Pario.

LXIII. Estando, pues, de asiento en Delfos estos hombres, según cuentan los mismos Atenienses, obtuvieron de la Pythia, sobornada a fuerza de dinero[35], que siempre que vinieran los Espartanos a consultar el oráculo, ya fuera privada, ya pública la consulta, les diera por respuesta que la voluntad de los dioses era que libertasen a Atenas. Viendo los Lacedemonios cómo siempre se les inculcaba aquel recuerdo de parte del oráculo, enviaron por fin al frente de un ejército a uno de los principales personajes de su ciudad, llamado Anquimolio, hijo de Aste-

[35] No fue éste el solo ejemplo de soborno en la Pythia, cuya venalidad hacía decir a Demóstenes que *filipizaba,* y ha dado ocasión a la opinión, por otra parte insostenible, de Fontenelle y algunos otros, de que los oráculo todos eran obra de industria y artificio humano, sin intervención alguna del demonio.

ro, y le dieron orden de que echase de Atenas a los hijos de Pisistrato, aunque fueran éstos sus mayores amigos y aliados, teniendo más cuenta con la voluntad de Dios que con la amistad de los hombres. Enviado por mar con su escuadra dicho general, y dando fondo en Falero, desembarcó allí sus tropas. Informados a tiempo los Pisistrátidas de la expedición contra ellos prevenida, llamaron las tropas auxiliares de la Tesalia, con las cuales tenían contraída alianza. Implorados los Tésalos, enviaron allá de común acuerdo del Estado mil caballos conducidos por su rey Cineas, que era de patria Cónieo[36]. Recibido, pues, dicho socorro, tomaron los Pisistrátidas el expediente de arrasar cuantos árboles había en las llanuras de los Falereos, con la mira de dejar aquel campo libre y expedito para que pudiese obrar en é1 la caballería, la cual, en efecto, habiendo embestido después por aquel paraje y dejándose caer sobre el campo del enemigo, entre otros estragos que hizo en los Lacedemonios fue muy considerable el dar muerte al general de éstos, Anquimolio, obligando juntamente al resto de la armada a refugiarse en sus naves; y con esto hubo de retirarse de Atenas la primera armada enviada allá por los Lacedemonios. El sepulcro de Anquimolio se ve al presente en Alopecas, uno de los pueblos del Ática, cerca del Heraclio (o templo de Hércules), situado en Cinosartes.

LXIV. De resultas de este destrozo enviaron los Lacedemonios contra Atenas segunda armada, más numerosa que la primera, conducida por su rey Cleomenes, hijo de Anaxandrides, embistiendo a los enemigos no por mar como antes, sino por tierra. Fue entonces también la caballería tésala la primera en trabar el choque con los Lacedemonios, apenas entrados en el Ática; pero sin hacerles mucha resistencia volvió luego las espaldas, y dejando caídos en el campo a más de cuarenta de los suyos, volvieron los demás en derechura a Tesalia. Llevando consigo Cleomenes a los Atenienses que se declaraban por la libertad de la república, y llegándose a la ciudad de Atenas, empezó a sitiar a los tiranos, que se habían retirado al fuerte Pelásgico.

[36] Acaso deberá decir Gonio, de Gono, ciudad de los Parrebos.

LXV. No era natural que fueran los Pisistrátidas en aquella sazón echados de la patria por los Lacedemonios, así porque éstos no llevaban ánimo por su parte de emprender un largo sitio, como por hallarse aquellos por la suya bien apercibidos de víveres para resistirlo; antes era sin duda lo más probable, que después de unos pocos días de asedio partieran otra vez hacia Esparta: entonces cierto caso ocasionó la ruina a los sitiados y dio justamente a los sitiadores la victoria, porque quiso la fortuna que los tiernos hijos de los Pisistrátidas, al tiempo de ser llevados fuera del país para su resguardo y seguridad, diesen en manos de los enemigos. Este acaso de tal manera desconcertó las miras de los sitiados y abatió sus bríos, que vinieron en ajustar el rescate y libertad de sus hijos con las condiciones que quisieron imponerles los Atenienses, las cuales fueron que dentro del término de cinco días salieran del Ática los sitiados. Habiendo, pues, reinado en Atenas por espacio de 36 años, salieron de ella y se retiraron a Sigeo, ciudad situada sobre el río Escamandro. Eran los Pisistrátidas oriundos de Pilo y descendientes de los Nélidas, de quienes vinieron asimismo Codro y Melanto, primeros reyes extranjeros que hubo en Atenas[37]: de suerte que el motivo de que Hipócrates pensase en poner a su hijo el nombre de Pisistrato fue la memoria de que se llamó Pisistrato el hijo de Nestor, queriendo que del mismo modo se llamase también el suyo. En suma, del modo referido se vieron libres los Atenienses de la tiranía; pero quiero añadir cuanto este pueblo, puesto ya en libertad, hizo o padeció digno de la historia, antes que la Jonia se sublevase contra Darío y viniera con esta ocasión a Atenas Aristagoras el Mileso para pedirles ayuda y socorro.

LXVI. Después que Atenas, ciudad ya de antes muy grande, arrojó de sí a sus tiranos, vino a hacerse mucho mayor. Dos eran en ella los jefes y partidarios que más poder y mando tenían: uno Clisternes, de la

[37] La conquista del Peloponeso por los Heráclidas hizo que pasaran a Atenas muchas familias distinguidas, entre ellas Melanto, natural de Messenia, que llegó a ser rey de Atenas, sucediéndole en el trono su hijo Codro, que se inmoló por su patria contra los mismos Heráclidas. De la misma familia de Nestor fueron Alcmeon y Peon, arrojados de Micenas, que trasplantaron a Atenas sus más ilustres estirpes.

familia de los Alcmonidas, de quien dice la fama que supo sobornar a la Pythia; el otro Isagoras, hijo de Tisandro, sujeto de una casa verdaderamente ilustre, aunque ignoro de qué raza saliesen sus antepasados: sé únicamente que suelen los de su parentela sacrificar a Júpiter el Cario, de quien son muy devotos[38]. Estos dos eran, pues, los caudillos de dos facciones en la república. Hallábase Clistenes abatido; mas habiendo sabido ganarse después a la plebe, logró formar diez *philas* (o tribus) de cuatro que sólo había primero en todo el Estado. Quitó, pues, los nombres que tenían antes las cuatro *philas* tomadas da los hijos de Yon, que eran antes los de los Geleontas, de los Egíconis, de los Ergadas y de los Opletes[39], y en lugar de ellos introdujo los nombres de otros héroes patrios con que distinguir sus nuevas *philas*, a excepción de Eanté solo, cuyo nombre añadió a los demás por haber sido vecino y aliado de los Atenienses.

LXVII. Mucho habría de engañarme sino quiso nuestro Clistenes imitar en esta parte a su abuelo materno Clistenes, que había sido señor de Sicion[40]. Después de haber guerreado con los Argivos, el viejo Clistenes procuró dos cosas en descrédito de sus enemigos, una quitar de Sicion un certamen que hacían en ella los Rápsodas[41] recitando los versos de Homero, a causa de ser en tales versos los Argivos los que se

---

[38] Nótese la malignidad de Herodoto insinuando astutamente que Isagoras era de raza de Carios, es decir, de esclavos o de gente vil, como eran reputados en Grecia los Carios.

[39] Que estos fuesen los nombres de las cuatro filas lo convence el que el conde de Cailus en sus antigüedades haya descubierto que las cuatro tribus tenían en Cícico los mismos que en Atenas; pero es dudoso que estos fuesen tomados de los hijos de Yon, y no más bien de los oficios que ejercían las tribus, pues *Geleontas* equivale a nobles, *Egiconis* a cabreros, *Ergadas* a labradores y *Opletes* a soldados.

[40] Parece, según Aristóteles, que este Clistenes era de la familia de Ortagoras que por cien años obtuvo el dominio en Sicion, cuyos tiranos fueron Pirro, Aristonimo y Clistenes. La ciudad de Sicion, con el nombre moderno de Basílica, en Morea; no es más que un montón de nobles ruinas, donde viven unas pocas familias.

[41] Recitadores y cantores de los versos de Homero, de Hesíodo y de Archiloco, especie de juglares errantes, antiquísimos en Grecia, cuyas rapsodias serían semejantes a nuestros romances caballerescos.

llevaban entre todos la palma de los elogios del poeta; la otra ver cómo podría acabar al fin con el culto que daban los Sicionios a Adrasto, hijo de Talao, cuyo templo tenían levantado en su misma plaza por ser Argivo. Consultó, pues, en un viaje que hizo a Delfos, -*«si sería razón echar a Adrasto de la ciudad;»*- pero tuvo la mortificación de oir de boca de la Pythia esta respuesta en tono de oráculo: -*«Que Adrasto había sido rey de los Sicionios y él era el verdugo de ellos.»* Viendo que no condescendía Apolo con su pretensión, vuelto de su romería empezó a discurrir de qué medio se valdría para lograr que el héroe Adrasto se fuese por sí mismo de la ciudad. Después que la pareció haber dado ya con un buen arbitrio para salir con su intento, dirige enviados a Tebas de Beocia, y manda decir a aquellos ciudadanos, que su deseo sería poder restituir a Sicion al hijo de Acasto, llamado Menalippo. Obtiene tal gracia de los Tebanos[42], y habiendo restituido a Menalippo erigió para él un templo en el mismo Pritaneo, y fijó allí su estancia en un sitio muy fortificado. El motivo que tenía Clistenes para restituir a Menalippo, puesto que es preciso que aquí se declare, no era otro que el haber sido éste el mayor enemigo de Adrasto, a cuyo hermano Mecistes y a su yerno Tides había dado la muerte. Luego que tuvo edificado su nuevo templo, quitó Clistenes los sacrificios y fiestas que solían hacerse a Adrasto y los apropió a Menalippo. Era antes realmente grande la solemnidad y culto con que solían los Sicionios venerar a Adrasto, movidos a ello por saber que su región en lo antiguo había sido de Polibo, de cuya hija habiendo nacido Adrasto, fue declarado heredero del reino, por haber muerto Polibo sin sucesión varonil. Entre otras honras que tributaban a Adrasto los de Sicion, una era la representación de sus desgracias en unos coros o danzas trágicas[43], de

[42] No se comprende de qué gracia hable el autor, si no se supone que Clistenes pretendiese traspasar desde Tebas a Sicion la estatua o tal vez las reliquias de Menalippo, pues si se tratara del simple culto de este héroe, no vemos para qué necesitara del permiso de los Tebanos.

[43] Esto confirma la opinión de Temistio de que la tragedia debe a los Sicionios su invención, y su perfección a los Atenienses; y si se atiende al origen que debió tener este lúgubre poema, parecerá probable que de estos cantos elegía-

modo que sin tener coros consagrados a Baco festejaban ya con ellos a su Adrasto: manda, pues, Clistenes que se conviertan aquellos coros en cantos de Baco, y lo demás de la fiesta y de los sacrificios en honra de Menalippo, en lo cual vinieron a parar todas las maquinaciones de Clistenes contra Adrasto.

LXVIII. Hizo aun más contra los Argivos. Mantenían los Sicionios en sus *philas* los mismos nombres que tenían los Argivos en las suyas: muda, pues, Clistenes el nombre a las *philas* sicionias, de suerte que las puso muy en ridículo; porque sacando aparte a los de su misma *phila*, a quienes dando un nombre tomado de la voz *Arche* (principado) llamó *Arquelaos* (príncipes del pueblo), dio a las otras *philas* nombres sacados de las palabras *His* (puerco) y *Onos* (asno), añadiéndoles únicamente la terminación derivada, de modo que a los unos llamó los *Hiatas*, a otros los *Oneatas*, y a los restantes los *Eoireatas* (porquerizos), nombres que los buenos Sicionios mantuvieron en sus *philas*, no sólo en el reinado de Clistenes, pero aun unos 60 años después de su muerte, hasta tanto que volvieron en si, y trocando tales apodos, se llamaron *los Hileas*, *los Pamfilos*, *los Dimanatas*, y los de la cuarta *phila*, tomando el nombre de Egialeo, hijo de Adrasto, hicieron llamarse los Egialeas[44].

LXIX. Como Clistenes el Sicionio hubiese, pues, introducido esta novedad en las *philas*, Clistenes el Ateniense, que siendo por su madre nieto del Sicionio llevaba su mismo nombre, a lo que se me alcanza, quiso imitar en este punto a su abuelo y tocayo, haciendo en descrédito y mengua de los Jonios que las *philas* de Atenas no retuviesen un nombre común con el de las suyas[45]. Atraído, pues, a su bando todo el

---

cos de los Sicionios aprendiese Tespis a formar sus tragedias algo mejor arregladas

[44] Pudo también tomar este nombre de la misma región llamada *Egialos* en lo antiguo.

[45] Las denominaciones de las cuatro *philas* antiguas de Atenas habían venido de Yon, hijo de Xixto, rey de Acaya, por su matrimonio con Helice, heredera del Estado, y las habían sustituido los Atenienses a los nombres de las cuatro órdenes de *Cetropios*, *Autóctonas*, *Acteos y Paralios* en que Cécrope los había distribuido. Verificóse esta primera variación, o bien viviendo aun Yon, en

vulgo de los Atenienses, que antes le era muy contrario, aumentó el número de las *philas* trocándoles a todas el nombre; así que en lugar de cuatro que antes eran los *philarcas* (jefes de las tribus), instituyó diez, y a más de esto en cada *phila* señaló diez *demos*[46] (o distritos). De donde resultó que su partido, habiéndose ganado así al pueblo bajo, fuera muy superior al de sus contrarios.

LXX. Pero Iságoras, su rival político, viéndose inferior a Clistenes supo urdirla una buena. Acudió, pues, a la protección de Cleomenes, su antiguo huésped, y amigo ya desde el tiempo del sitio que éste puso contra los hijos de Pisistrato: ni faltaban malignos que decían de Cleomenes haber sido buen compadre de Isagoras, a cuya mujer solía visitar a menudo. Cleomenes, por medio de un heraldo que destinó a Atenas, intimó a Clistenes que en compañía de otros muchos Atenienses salieran de la ciudad, por ser así él como los demás que nombraba unos *enageas* (o malditos y excomulgados), color que daba a su edicto por insinuación de Isagoras, pues los Alcmeonidas con los de su facción eran mirados en Atenas corno reos de cierta muerte sacrílega, de la cual no habían sido cómplices Isagoras ni su bando.

LXXI. La acción por la que merecieron los Alcmeonidas la nota de malditos fue la siguiente: Había entre los Atenienses un tal Cilon, famoso vencedor en los juegos olímpicos, convencido de haber procurado levantarse, con la tiranía de Atenas, pues, habiendo reunido una facción de hombres de su misma edad, intentó apoderarse del alcázar de la ciudad. Pero como le hubiese salido mal la tentativa, refugióse Cilon a sagrado, cerca de la estatua de Minerva. Los Pritanes de los Naucranos (los presidentes de los magistrados) que a la sazón manda-

---

tiempo de Creteo, o bien después cuando el rey Melanto acogió en Atenas a los Jonios echados de Acaya por los Aqueos.

[46] Los eruditos se dan tormento para interpretar este Pasaje de Herodoto. Contándose en lo antiguo 120 *demos*, nombre que significa no un pueblo, sino una comarca de pueblos o distrito, ni es posible que de cada *demo* se hiciese una *phila*, que sólo eran diez ni que se repartiesen diez *demos* a cada *phila*, pues entonces sobrarían 20 *demos* todavía. Todo puede explicarse, sin embargo, si nos acordamos de que con el tiempo se añadieron a las diez *philas*, otras dos, en las cuales entraron los 20 *demos* sobrantes.

ban en Atenas, sacaron de aquel asilo a los refugiados bajo la fe pública de que no se les daría muerte: mas no obstante esta promesa se les hizo morir, de cuyo atentado se culpaba a los Alcmeonidas[47]. Este caso era antiguo y anterior a la época de Pisistrato.

LXXII. No contento Cleomenes con haber mandado echar de Atenas a Clistenes y a los demás proscritos, por más que éstos se hubiesen ya ausentado, se presentó allá en persona con un pequeño cuerpo de tropas. Llegado a Atenas, exterminó luego de ella a 700 familias atenienses, las que Isagoras le fue sugiriendo: después de este primer paso emprendió abolir el Senado, y dar el mando y magistraturas a 300 sujetos partidarios todos de Isagoras. Amotinado de resultas de esta violencia el Senado y no queriendo estar a las órdenes de Cleomenes, ayudado esto por Isagoras y por los de su partido apodérose de la ciudadela, donde los Atenienses de la facción contraria, habiéndole tenido sitiado por espacio de dos días, capitulando el tercero, convinieron en que los Lacedemonios todos de la ciudadela salieran de allí bajo la fe pública del salvo conducto. Cumplióse a Cleomenes en esta salida el agüero que voy a referir: luego que subió al alcázar con ánimo de apoderarse de él, se fue en derechura al mismo camarín de la diosa (Minerva), como para visitarla pía y religiosamente. Al punto mismo que lo ve la sacerdotisa, levantada de su asiento, y antes que pasara el umbral del santuario, con tono fatídico: -«Vuélvete atrás, le dice, Lacedemonio forastero, vuélvete: ni pretendas entrar en este sagrario, donde no es lícito que entren los Dorios.- Pues sábete, mujer, le responde Cleomenes, que yo no soy Dorio sino Aqueo[48].» De suerte que por no haber contado entonces con aquella mal augurada palabra «vuélvete atrás,» tuvo después Cleomenes que dar la vuelta desgraciadamente con sus Lacedemonios. A los demás de la ciudadela puestos luego en

[47] Esta historia se lee más circunstanciada en Tucídides, que en este pasaje olvidó su concisión y austeridad para dar una narración florida y amena.

[48] Como descendientes de los Heráclidas podía decir Claomenes que no era originario de la Dórida propia, sino del Peloponeso, donde habitaban los Aqueos, aunque a veces se llamaba Dorios a los Heráclidas, como venidos de la Dórida a donde habían emigrado.

prisión, los condenaron a muerte los Atenienses, y entre ellos a un ciudadano de Delfos llamado Timesites, de cuyo talento y primor en varias obras de manos habría muchísimo que decir. Todos murieron en la cárcel.

LIXIII. Llamados a su patria después de tales turbulencias Clistenes y las 700 familias perseguidas por Cleomenes, despacharon los Atenienses sus embajadores a Sardes con la mira de hacer un tratado de alianza con los Persas, previendo claramente la guerra que de parte de Cleomenes y de sus Lacedemonios les amenazaba. Llegados, pues, a Sardes los diputados, y habiendo declarado la comisión de que venían encargados, preguntó el virrey de ella, Artafernes, hijo de Hitaspes, quiénes eran aquellos hombres que pretendían ser aliados del rey y en qué parte moraban. Habiendo los embajadores satisfecho a la pregunta, respondióles el virrey, en suma, que concluiría con los Atenienses el tratado de alianza que se le pedía, con tal que, quisieran darse a discreción al rey Darío, entregándole tierra y agua; pero que si no querían hacerlo les mandaba partir de allí. Tomando entonces acuerdo entre sí los embajadores sobre la respuesta, llevados del deseo de aquella alianza, le respondieron que se entregaban a Darío, motivo por el que a su regreso a la patria fueron mal vistos y murmurados.

LXXIV. En tanto que esto pasaba, sabiendo Cleomenes que los Atenienses iban haciéndole por obra y de palabra todo el daño que podían, mandó juntar las milicias del Peloponeso entero, sin decir a qué fin las juntaba, el cual no era otro en realidad que el deseo de vengarse del pueblo de Atenas, dándole por señor a Isagoras que en su compañía había salido de la ciudadela. En efecto, a un mismo tiempo embistió Cleomenes a Eleusina con un ejército numeroso[49], y los Beocios de concierto con él tomaron a los últimos pueblos del Ática, que eran Enoa e Hisias, y los Calcedones iban por otro lado talando el país de los de Atenas. Estos, si bien no sabían dónde acudir primero, salie-

[49] Esta invasión de Eleusina la coloca Pausanias en el tiempo en que Cleomenes, salido de la fortaleza de Atenas en virtud de la capitulación, se retiraba a Lacedemonia.

ron con todo armados contra los Peloponesios que se hallaban en Eleusina, dejando para después la venganza de los Beocios y Calcidenses.

LXXV. Estaban a la vista los dos ejércitos prontos ya piara venir a las manos, cuando los Corintios, que habían conocido la injusticia de aquella guerra, fueron los primeros que, mudando de parecer, comenzaron a dar la vuelta hacia su patria[50]; después de ellos retiróse también el rey de los Lacedemonios que conducía el ejército, Demarato, hijo de Aristón, por más que antes nunca hubiese sido de parecer contrario al de Cleomenes, y siendo así que hasta entonces solían los dos reyes juntos salir al frente de sus tropas: con esta ocasión y por dicha discordia hízose en Esparta una ley de que al salir el ejército nunca marchasen con él entrambos reyes, sino que exonerado uno de ellos de ir a campaña, se quedase en Esparta con uno también de los Tindaridas[51], pues antes ambos Tindaridas, como patronos y dioses tutelares de sus reyes, iban siguiéndoles en el ejército. El éxito de la campaña fue, que viendo los aliados que no venían los dos reyes de Lacedemonia y que los Corintios habían ya desamparado el puesto, empezaron a desertar.

LXXVI. Era la cuarta vez que los Dorios armados entraban en el Ática, pues dos veces fueron allá como enemigos, y dos como amigos en bien de la república de Atenas; pudiéndose contar con razón por la primera jornada hacia esta ciudad la expedición que hicieron los Dorios cuando condujeron a Megara una colonia en tiempo que Codro reinaba en Atenas. La segunda, y la tercera fue cuando con el designio de echar a los hijos de Pisistrato pasaron allá desde Esparta con gente armada; la cuarta es la que acabo de referir, cuando con las tropas del

---

50 Resentido al parecer Herodoto de los Corintios, no les hace la justicia merecida, habiendo ellos contribuido a la libertad de Atenas, primero en la expulsión de Hípias, y después en su deserción de las tropas de Cleomenes, hechos que calla o refiere de corrido.

51 No sabemos si la salida de los Tindaridas, es decir, Castor y Polux, que de reyes de Lacedemonia subieron a semidioses, era solamente imaginaria, creyendo los Espartanos que solemnemente invocados aquellos acompañaban y protegían a sus reyes sin dejarse ver, o si eran los Tindaridas dos ídolos que podían quedarse o salir a campaña. Esta explicación es más clara y mejor, por más pagana y supersticiosa.

Peloponeso se dejó caer Cleomenes sobre Eleusina. Bien afirmé, por tanto, que entonces por cuarta vez acometían los Dorios a Atenas.

LXXVII. Desbaratado y deshecho tal ejército, sin haber obtenido resultado importante contra los Atenienses, con ánimo de vengarse de sus enemigos, llevaron desde luego las armas contra los Calcidenses, en cuya ayuda y defensa habían ya los Beocios salido hacia el Euripo[52]. Ven los Atenienses a los Beocios puestos en armas y resuelven acometerles antes que a los Calcidenses; y fue tal el ímpetu con que cargaron sobre ellos, que logrando una completa victoria, además de los muchos enemigos que dejaron tendidos en el campo, hicieron 700 prisioneros. Victoriosos, pasan a Eubea aquel mismo día, y dada una segunda batalla, segunda vez triunfan de sus enemigos. Fruto de esta victoria fue dejar en Eubea 4.000 colonos atenienses, repartiendo entro estos las suertes y heredados de los Hipobotas de Cálcide; y los que entre los Calcidenses se llamaban con este nombre, que equivale al de caballeros, venían a ser los ciudadanos más ricos y opulentos. Por lo que mira a los prisioneros de guerra, así los de Cálcide como los de Beocia, aunque luego de presos los tuvieron aherrojados, algún tiempo después los soltaron, recibiendo en rescate dos minas por cabeza. No obstante, suspendieron los cautivos en la ciudadela los grillos en que les habían tenido, y aun hoy día se ven colgados en aquellas paredes chamuscadas después por el Medo, enfrente del camarín, por la parte que mira a Poniente. De la décima de dicho rescate, dedicada en el templo, hicieron una *cuadriga* de bronce, que al entrar en los portales de la fuerza se deja ver luego hacia mano izquierda con este epígrafe: *«La gente de Cá1cide con la gente de Beocia, presa por mano ática con belicoso brío, paga su merecido en calabozo y en férreas cadenas: de su diezmo logra Pallas este carro.»*

LXXVIII. Iban por fin los Atenienses libres creciendo en poder de cada día, pues cosa probada es, no una sino mil veces, por experiencia, que el estado por sí más próspero y conveniente es aquel en que reina

[52] Así se llama el estrecho de Eubea, hoy día Negroponto; isla que con un corto puente está unida al continente.

la isegoria o derecho y justicia igual para todos los ciudadanos. Vióse bien esto en los Atenienses, que no siendo antes, cuando vivían bajo el yugo de un señor, superiores en las armas a ninguna de las naciones, sus vecinas, apenas se vieron libres e independientes en un gobierno republicano, que se mostraron los más bravos y sobresalientes de todos en sus negocios y empresas de guerra. De donde aparece bien claro que cuando trabajaban avasallados en pro de un señor despótico, huían de propósito el hombro a la carga, y que viéndose una vez libres y señores mismos, se esforzaban todos, cada cual por su parte, en acrecentar sus intereses y ventajas propias: en una palabra, no podían portarse mejor de lo que lo hacían.

LXXIX. Pero los Tebanos, después de aquella pérdida, deseosos de volver el daño a los Atenienses y de tomar de ellos venganza, enviaron consulta al dios Apolo, a la cual respondióles la Pythia: -«que no pensasen poder por sí solos tomarse la satisfacción que deseaban, sino que les encargaba que consultando primera el asunto con Polifemo[53], Pidiesen ayuda a los más vecinos.»- Luego que los Tebanos, a cuya asamblea los consultantes, vueltos ya de Delfos, daban razón de la citada respuesta, oyeron que era menester acudir a los más vecinos, se pusieron a discurrir de este modo: Pues si ello es así, siendo nuestros más inmediatos vecinos los Tenagreos, Coroneos y Tespienses, pueblos siempre hechos a seguir nuestras banderas y prontos a ser nuestros compañeros de armas, ¿a qué viene la prevención del oráculo de que les pidamos su asistencia y ayuda? ¿Quizá no será esto sino otra cosa la que quiere significar el oráculo?

LXXX. Detenidos en su junta entre tales dudas **y** razones, uno que las oye, salta con este discurso: -«Pues ahora me parece haber dado con el sentido de nuestro oráculo. Tengo entendido que fueron dos las hijas de Asopo, Teva y Egina[54]; paréceme, pues, que habiendo sido herma-

[53] Quiérese que Polifemo significase aquí la asamblea del pueblo, según el modo de hablar ambiguo y tortuoso del mentido Apolo.
[54] Egina, hija de Asopo, rey de Beocia, casó con Actor, rey de Enoma, isla que después trocó su nombre en el de Egina. Fue Egina madre de Eaco, rey justí-

nas las dos, nos querrá decir Apolo en su respuesta, que acudamos los Tebanos a los Eginetas, pidiendo que quieran ser nuestros vengadores.» Al punto los Tebanos de la junta, a quienes pareció que no cabía interpretación más adecuada del oráculo, enviaron a los Eginetas unos diputados que les pidieran su asistencia, convidándoles a la presa de orden del oráculo, pues que ellos eran sus más cercanos parientes. La respuesta que a los enviados dieron los Eginetas, fue que los Eácidas irían allá en compañía de ellos.

LXXXI. Con el socorro de dichos Eácidas anímanse los Tebanos a probar fortuna en la guerra; pero viéndose de nuevo mal parados en ella por los Atenienses, envían otra vez diputados a Egina, que restituyendo a los Eginetas sus Eácidas, en vez de ellos les pedían soldados. Implorados segunda vez los Eginetas, llenos en parte de sí mismos y engreídos con su opulencia, y en parte no olvidados de su antiguo rencor contra los de Atenas, se resuelven a hacerles la guerra antes de declararla; y, en efecto, estando las tropas atenienses ocupadas contra los Beocios, pasando de repente los Eginetas al Ática en sus galeras, saquearon a Falero y a muchos otros pueblos de las costas, causando mucho perjuicio a los Atenienses.

LXXXII. Bien será que diga ahora de qué principio nació la inveterada enemistad a que acabo de aludir entre Atenienses y Eginetas. Sucedió, pues, que negándose la campiña de los Epidaurios a producir fruto y cosecha alguna, consultaran estos al oráculo de Delfos acerca de aquella calamidad y desventura. Respondió la Pythia a la consulta que como erigiesen dos estatuas nuevas, una a Damia y otra a Auxesia[55], verían presto mejorar sus negocios. Instaron los Epidaurios si sería bien hacerlas de bronce o de mármol: -«Ni de bronce ni de mármol, dijo la Pythia, sino de dulce olivo.» De resultas de este oráculo

---

simo, que floreció dos generaciones antes de la guerra de Troya. Acerca de los Eácidas que los de Egina prometieron a los Beocios, me refiero a lo mismo

[55] Estas diosas corresponden a Céres y Proserpina, abogadas para los frutos de la tierra, a quienes se dieron otros varios nombres; a Céres el de Madre, de Damia y el Dea Bona entre los Romanos, y a Proserpina el de Talo y el de

pidieron los Epidaurios a los Atenienses que les permitieran cortar en su tierra algunos olivos, persuadidos de que los olivos del Ática eran los más divinos y prodigiosos de todos, y aun se añade que en aquella época solo en Atenas y en ningún otro paraje se encontraban olivos. Vinieron gustosos los Atenienses en conceder el permiso que se les pedía, pero con la condición de que ellos se obligasen a hacer todos los años sus ofrendas a Minerva la Políada[56], y asimismo a Erecteo. Obligáronse a ello los Epidaurios, lograron lo que pedían, hicieron los ídolos de olivo, y dedicados ya, volvió a dar fruto su campiña, y prosiguieron ellos en cumplir a los Atenienses lo ofrecido.

LXXXIII. En el tiempo de que voy hablando obedecían todavía, como solían antes, los de Egina a los Epidaurios, así en todo lo político como en la jurisdicción de los tribunales; de suerte que los Eginetas acudían al foro de Epidauro en sus pleitos y acciones para pedir y responder en justicia. Pero desde aquella época[57], viéndose los Eginetas con gran número de naves, fueron levantándose a mayores, y negando sin razón alguna la obediencia a los Epidaurios, empezaron a hacerles cuanto mal cabía como a sus mayores enemigos; y siéndoles superiores en la marina, sucedió que pudieron robar a los Epidaurios aquellos ídolos de Damia y de Auxesia, los cuales, trasportados a la isla, fueron colocados en medio de ella en un lugar llamado Ea, que viene a distar como veinte estadios de la misma ciudad de Egina. En este sitio, puestas las dos diosas epidaurias, íbanles haciendo sacrificios los de Egina y festejándolas con unos coros satíricos o danzas libres de mujeres, nombrando para cada una de las diosas diez prefectos que corrieran con el gasto de la fiesta. Era uso de dichas danzas y como ceremonia

---

Libera. Los sacrificios secretos que abajo se mencionan, confirman la identidad de Damia con Céres.

[56] Con este nombre de Presidente ó Patrona era venerada entre otros pueblos, y de esta clase sería la estatua que dedicó Ciceron en el Capitolio antes de marchar al destierro, con la inscripción: *Minerœ Custodi Urbis*

[57] No hallo la época fija de esta sublevación, que debió ser anterior a la edad de Solon y de Pisistrato. Esta guerra, engendrada en los Eginetas por el orgullo del poder, coincidiría con el tiempo del Egineta Sostrato, cuya opulencia nos pondera el autor en el libro IV. pár. CLII.

religiosa, practicada antes por los de Epidauro, decir a las mujeres del país mil insolencias y baldones, aunque sin meterse con los hombres. Usaban también sacrificios ocultos.

LXXXIV. Una vez robadas dichas estatuas, como cesasen los Epidaurios de hacer las ofrendas que antes solían a los de Atenas, enviáronles éstos por aquella falta a dar quejas mezcladas con amenazas. Probaron los Epidaurios con buenas razones que ninguna injusticia les hacían en aquello; que en tanto que habían tenido en casa a las diosas, habían sido puntuales en cumplirles lo prometido; que después de habérselas quitado con violencia, no les parecía puesto en razón continuar en aquel antiguo tributo, y que lo exigiesen de los Eginetas, pues que estos al presente poseían aquellas. Oído tan justo descargo, enviaron los Atenienses a Egina unos diputados que pidiesen dichas estatuas, a los cuales respondieron los de Egina que nada tenían que ver ni hacer con los de Atenas.

LXXXV. Lo que pasó después de esta solemne declaración lo refieren así los Atenienses, diciendo que de parte de la república pasaron a Egina en una galera algunos de sus ciudadanos, quienes saltando en tierra y echándose sobre las estatuas, cuya madera miraban como cosa propia, procuraban ver cómo las moverían de sus pedestales; y no pudiendo salir con su maniobra, con unas sogas atadas alrededor de las diosas, las iban arrastrando. Estando en aquella fatiga, oyóse de repente un trueno, y al trueno siguió un terremoto. Aturdidos con el nuevo portento los marineros que arrastraban a sus diosas, y saliendo de repente fuera de sí, empezaron entre ellos mismos, como si fueran enemigos mortales, una desaforada matanza, cuyo estrago pasó tan allá que no quedó de todos sino uno que volviese a pasar al Falero.

LXXXVI. Así refieren esta historia los de Atenas; mas no dicen los Eginetas que fueran allá en una sola nave los Atenienses, pues que a una, y a algunas más, bien hubieran ellos resistido aun en el caso de no tener naves propias sino que los enemigos, con una buena armada, hicieron un desembarco en Egina, cediéndoles por entonces la entrada los del país sin exponerse a una batalla naval; bien que ni los Eginetas mismos saben asegurar si el motivo de cederles el paso sería por reco-

nocerse inferiores en el mar, o con la pretensión de poner por obra lo que después con los invasores ejecutaron. Afirman, empero, que viendo los Atenienses que nadie les presentaba batalla, saliendo de sus naves se fueron en derechura hacia las estatuas, y no pudiéndolas arrancar de sus pedestales, atadas al cabo con fuertes maromas, empezaron a tirar de ellas, no parando, en la maniobra hasta tanto que las dos estatuas a un tiempo hicieron una misma demostración que ellos cuentan y que yo jamás creeré por más que la quiera creer alguno. Cuentan, pues, los Eginetas que las dos estatuas se hincaron de rodillas, postura que han conservado siempre desde entonces. Esto hacían los Atenienses; los de Egina, por su parte, informados de antemano de que se disponían sus enemigos a venir contra ellos, habían negociado con los Argivos que estuviesen prontos y apercibidos para irles a socorrer; y, en efecto, a un mismo tiempo desembarcaban los Atenienses en Egina, y los Argivos, pasando a la misma isla desde Epidaurio, venían ya sin ser sentidos a dar auxilio a los naturales, y al llegar se dejaron caer de improviso sobre los Atenienses apartados de sus naves y del todo seguros de aquel encuentro y refuerzo de que ni la menor sospecha habían antes tenido. En aquel mismo punto, añaden, acaecieron el trueno y el terremoto.

LXXXVII. Esta es, pues, la historia que nos cuentan Argivos y Eginetas, y en un punto convienen con los de Atenas, a saber, que uno sólo volvió salvo al Ática; bien que los Argivos quieren que de sus manos se salvase aquel individuo, dándose ellos por los que echaron a pique toda aquella armada; y los Atenienses pretenden que no se libró aquél sino de la venganza de algún númen exterminador, aunque no por esto logró verse libre de su ruina el hombre que escapó, sino que pereció también desgraciadamente. Porque vuelto a Atenas el infeliz, como anduviese cantando aquella gran calamidad y destrozo, oyéndole las mujeres de los muertos en la jornada referir el estrago común, y no pudiendo sobrellevar que perdidos todos los demás se hubiera salvado é1 solo, le fueron rodeando, y cogido en medio, le iban dando tanto golpe y picazo de hebilla, preguntándole cada una dónde estaba su marido, que acabaron allí mismo con el infeliz, después que se había

ya librado de la común ruina de sus compañeros. Los Atenienses, a quienes esta venganza y furia mujeril pareció más sensible que la pérdida total de su armada, no hallando otro modo de castigar a las mujeres, tomaron la resolución de hacerlas mudar de traje, obligando a todas a que vistieran a la jónica, pues antes las Áticas vestían a la dórica, traje muy semejante al vestido corintio[58]. De allí adelante las obligaron a llevar túnica de lino para que no se sirvieran más de hebillas.

LXXXVIII. Verdad es que, hablando en rigor, el traje a que las obligaron no fue en los tiempos antiguos propio de las mujeres Jónicas, sino de las Carias; pues antiguamente el vestido de toda mujer griega era el mismo que al presente llamamos dórico. Pero los Argivos por su parte y los Eginetas en sus respectivas ciudades hicieron una ley que las hebillas de sus mujeres fuesen un tercio mayores de lo que eran antes, que las mujeres en los templos de sus dioses ofreciesen hebillas más bien que otra presea alguna, y que en ellos nada venido del Ática pudiese ofrecerse ni presentarse; tanto que en adelante no se sirviesen de vajilla procedente de allá, sino que fuese ceremonia legítima beber en los sacrificios con vasijas del país: y se puso en práctica dicha ley, pues desde entonces hasta mis días las Argivas y las Eginetas, a despecho de las Áticas, solían llevar sus hebillas mayores de lo que primero acostumbraban.

LXXXIX. De los sucesos que acabo de referir nació, repito, el principio de la enemistad de los Atenienses con los de Egina. Renovando, pues, entonces los Eginetas la memoria de dichas estatuas y de los sucesos a ellas concernientes, vinieron gustosos en enviar a los Beocios el socorro que les pedían, talando con sus tropas auxiliares las costas del Ática. Al ir los Atenienses a emprender la expedición contra los de Egina, vínoles de Delfos un oráculo en que se les prevenía que por espacio de treinta años, a contar desde la injuria que acababan de recibir, se abstuviesen de combatir con los Eginetas; pero, que venido

[58] Algunos han convertido en agujas las hebillas de las Atenienses; pero ni el texto ni el conocimiento de trajes antiguos consiente tal versión. Las mujeres Dóricas no usaban túnica ni cinto; únicamente se cubrían con un largo manto atado sobre los hombros con una hebilla: las Jonias vestían túnicas al cuerpo.

el año 31 y fabricado un templo a Eaco, empezasen contra ellos las hostilidades; pues haciéndolo así, sucederíales la cosa como deseaban. Mas si desde luego emprendían aquella guerra, entendiesen que durante aquel tiempo tendrían ellos y darían mucho que llorar al enemigo; bien que al cabo darían con él en tierra. Oído, pues, el nuevo oráculo, determinaron los Atenienses levantar a Eaco aquel templo mismo que al presente se deja ver en su plaza; pero en la demora de treinta años no pudieron convenir, oyéndose clamar que no debían disimular por tanto tiempo la injuria, después de verse tan maltratados con la invasión de los Eginetas.

XC. Con tal resentimiento, al tiempo en que se disponían para tomar venganza de aquellos enemigos, un nuevo contratiempo de parte de los Lacedemonios les cerró el paso de la jornada. Porque como en aquella sazón hubiese llegado a oídos de los Lacedemonios, así el artificio que usaron los Alcmeonidas para sobornar a la Pythia, como el embuste con que ésta les alarmó contra los hijos de Pisistrato, sintieron con tal aviso doblada pesadumbre, viendo por una parte que habían echado de la patria a sus mayores amigos y aliados, y por otra que los Atenienses, recibida aquella merced, no se les mostraban obligados ni agradecidos. Añadíase a estas reflexiones la congoja que ciertas profecías les ocasionaban de nuevo, pronosticándoles muchos agravios y desafueros que de parte de los atenienses las aguardaban. Habían antes estado del todo ignorantes de dichas predicciones, y entonces habían empezado a oírlas, habiéndolas traído consigo Cleomenes volviendo de Atenas a Esparta. Sucedió que Cleomenes, estando en la ciudadela de Atenas, pudo haber a las manos ciertos oráculos escritos que habían estado primero en poder de los Pisistrátidas y habían sido dejados allí por los mismos en el templo de Minerva[59] cuando fueron echados de la

[59] Un dogma inconcuso debe deducirse de la historia, a saber: que ninguna nación civilizada vivió sin Dios y sin revelación, por más que adulterase culpablemente estas dos ideas fundamentales de toda sociedad ordenada, y por más que se esfuercen los filósofos en forjar un cuerpo civil tan ateo como ellos mismos. De ahí provino que los oráculos en Grecia y los libros Sivilinos en Roma fuesen tenidos en tanta estima.

ciudad. Cleomenes al salir de la fortaleza quiso llevárselos consigo a Esparta.

XCI. Recibidos dichos oráculos, viendo por una parte los Lacedemonios que los Atenienses, libres ya y de cada día más poderosos, en nada menos pensaban que en obedecerles y previendo por otra que la gente ática si quedaba en el estado republicano se los igualaría en el poder, al paso que si volvía a verse oprimida con la tiranía se mantendría débil y pronta a dejarse gobernar por ellos[60], como esto Previesen, pues, los Lacedemonios, llamaron a Esparta a Hipias, el hijo de Pisistrato, desde Sigeo, ciudad del Helesponto, adonde con los suyos se había refugiado. Después que llamado Hipias se les presentó, convocan para un congreso de la nación los diputados de las ciudades aliadas y les hablan así los Espartanos: -«Amigos y aliados: Conocemos y confesamos al presente nuestra falta de justicia y de política: mal hicimos, alucinados con falsos oráculos, en echar de su patria a unos señores que, sobre sernos buenos amigos y aliados, nos tenían prometido mantener en nuestra devoción y obediencia a la ciudad de Atenas. Cometida esta injusticia, tuvimos la imprudencia de dejar aquel estado en manos de un pueblo ingrato, el cual, apenas se vio libre y suelto por nuestra mano, cuando empezó luego a erguir su cabeza e insolente quiso atrevérsenos, echándonos de su casa a nosotros y a nuestro rey, y desde aquel punto lleno de arrogancia va tomando nuevos espíritus. Lo que digo empiezan ya a llorar, particularmente sus vecinos los Beocios y Calcidenses, y quizá todos los demás lo iréis sintiendo por turno si les tocareis en un sólo cabello. Ya, pues, que nos engañamos antes en lo que con ellos hicimos, procurando ahora tomarnos con vuestra asistencia la satisfacción correspondiente, lo iremos remediando. Este ha sido, señores, el motivo, así de hacer que viniera Hipias, a quien veis aquí presente, como de convocaros a vosotros de las ciudades. Nuestras miras consisten en volver a Hipias a Atenas, y restituirle de común acuerdo, y con un ejército común, el dominio que antes le quitamos.»

[60] Se ve que el resorte de Esparta en sus resoluciones no era otro que el de mantener abatidos a los otros Griegos para darles la ley.

XCII. Tal era la propuesta de los Lacedemonios, a la cual ni se acomodaban los más de los diputados, ni se atrevían con todo a contradecirla, guardando todos los aliados un profundo silencio. Rompiólo al cabo Sosicles el Corintio con un tono sublime[61]. -«Ahora sí, exclamó, que están todas las cosas a pique de revolverse y trastornarse; el cielo para caer bajo la tierra, la tierra para subirse sobre lo más alto del cielo; van a fijar los hombres su morada en los mares, los peces a morar donde vivían primero los hombres, cuando llegamos a ver ya, que empeñados vosotros, oh Lacedemonios, en arruinar una república justa y bien ordenada, procuráis tan de veras reponer en las ciudades libres el despotismo y la tiranía, no pudiendo dejar de ver con los ojos ser ésta la cosa más inicua, más cruel, más sanguinaria de cuantas pueden verse entre los mortales. Y si no, decidme ahora, Lacedemonios: si tan conveniente os parece que las riendas del gobierno estén en mano de un tirano, ¿por qué no sois los primeros en colocar un déspota sobre vuestras cabezas? ¿Por qué con vuestro ejemplo no animáis a los demás a que sufran un señor absoluto? Vemos empero todo lo contrario: vosotros, siempre libres hasta aquí de tiranos domésticos, y muy prevenidos siempre para que jamás los sufra Esparta, vais recetándolos a los otros, y procuráis encajarlos a vuestros confederados. A fe mía, Espartanos, si hubierais probado lo que es un tirano, como nosotros los Corintios lo probamos, pensarais ahora muy de otro modo y serian mejores de lo que son vuestras propuestas. Oid, pues, lo que nos sucedió[62]. La antigua Constitución del Estado era en Corinto la oligarquía,

[61] Este patético e inesperado exordio tiene un tono sublime digno del más diestro orador. La idea grandiosa tomada del total trastorno de la naturaleza, se vio después imitada por los más nobles escritores, como Horacio: *Quis neget arduis-Pronos relabi posse rivos-Montibus et Tiberim reverti!*
[62] Fundóse la monarquía de Corinto en el año del mundo 2490, y tuvo ocho reyes da la primera dinastía, que duró 430 años, siendo Sisifo el primero de ellas. La segunda dinastía, fundada por Fletes, descendiente de Hércules, llamada primero de los Heraclidas y después de los Baquíadas, del nombre de Báquida su quinto rey, contó 12 reyes, pasando después de la muerte de Autómenes, el último de ellos, a ser aristocrático el gobierno, pues se alzaron con él 200 nobles, llamados los Baquíadas por el autor, quienes, repartidos entre sí los

gobernando la ciudad unos pocos ciudadanos llamados los Baquíadas, que nunca en sus matrimonios contraían alianza sino entre ellos mismos. Acaeció entonces que a uno de aquellos principales y magnates, por nombre Amfion, nació una hija coja llamada Labda, y como ninguno de los Baquíadas, la quisiese por mujer, casó al fin con ella cierto Eecion, hijo de Equécrates, natural del lugar de Petra, bien que Lapita de origen y descendiente de la familia Cénida[63]. Viendo después Eecion que no tenía hijos de Labda ni de otra mujer alguna, emprendió una romería a Delfos para consultar el oráculo sobre la desventura de no tener sucesión. No bien hubo entrado en el templo, cuando encarándose con él la Pythia, le recita de repente estos versos:

Eecion, digno de gloria, nadie te honra
cual mereces tú: Labda ya grávida
parece tina gran rueda que cayendo
sobre manarcas, mandará a Corinto.

Ignoro cómo llegó este oráculo dado a Eecion a oídos de los príncipes Baquíadas, a quienes antes se había dado acerca de las costas de Corinto otro oráculo oscuro, pero dirigido al mismo punto que el de Eecion, en estos términos: *«Áqui1a grávida sobre altos peñascos dará a luz un valiente león que corte las rodillas: atiende a ello, Corintio, vecino de la linda Pirene, que moras en torno de la encumbrada Corinto.»*[64] Y si bien este oráculo era antes para los Baquíadas, a quienes se había proferido, un misterio impenetrable, apenas oyeron el otro dado entonces a Eecion, cayeron de pronto en la cuenta, y dieron de

---

empleos, nombraron un presidente con el título de Pritanis. Duró 200 años esta oligarquía.

[63] Eecion descendía de Aulaso hijo de Melanes, quien procedía al paracer de Ceneo, uno de los Lapitas y compañero de Piritoo en la guerra de los Centauros.

[64] El epíteto dado a Corinto, que equívale a *superciliosa*, alude a lo alto y escabroso de la ciudad, o al vecino monte Acro Corinto, en cuya cima estaba una fortaleza inexpugnable. Pirene es una fuente cerca de Corinto, rodeada de mil primores del arte.

lleno en el sentido del primero, que concordaba mucho y se enlazaba con el del último. Entendiendo, pues, que se les pronosticaba su ruina, con la mira de conjurada dando la muerte al hijo de Eecion que estaba ya para nacer, llevaban su intriga con sumo secreto. En efecto, luego que parió dicha mujer destinan al pueblo en que vivía Eecion diez de su mismo gremio o clase, con orden de quitar la vida al niño recién nacido. Llegados a Petra, entran en el patio de la casa de Eecion y preguntan por el chiquillo. Labda la coja, que estaba lejos de imaginar que vinieran con ánimo dañado, antes se lisonjeaba de que aquella visita de los magnates se le hacía en atención a su padre, para congratularse con ella por su feliz alumbramiento, se lo presenta y lo pone en brazos de uno de los diez, y si bien ellos al venir hablan entre sí concertado que el primero que al niño cogiera le estrellara luego contra el suelo, quiso con todo la buena suerte, cuando Labda dejó a su hijo en brazos de aquél, que se sonriese el niño, mirando blandamente al que iba a recibirle, sonrisa que atentamente observada movió a ternura al primero que le había recibido; y le hizo tal impresión, que en vez de dar con el niño en el suelo, lo entregó al segundo y éste al tercero, de suerte que fue pasando de mano en mano por los diez infanticidas, sin que ninguno se atreviera a ensangrentar las suyas en aquella víctima de la ambición. Vuelto, pues, el hijo a la madre y salidos del atrio, se pararon ante la puerta misma de la casa, y empezaron a culparse unos a otros, pero sobre todo al primero que la recibió, por no haber ejecutado la orden que traían. No pasó mucho rato sin que se resolviesen a entrar de nuevo en la casa y concurrir todos aunados a la muerte del niño. Mas todo en vano, que el destino fatal de Corinto era, señores, que le viniera el azote de la casa de Eceion: porque Labda iba entretanto escuchando detrás de la puerta todo aquel discurso de muerte, y recelando luego que mudando de parecer y entrando segunda vez le matasen la infeliz criatura, tórnala solicita, y va afanada a esconderla donde se le ofrece que nadie lo había de sospechar, que fue bajo un celemín[65],

[65] Dice Pausanias que se ocultó al niño bajo una cesta: pero no es creíble, porque esta especie de mueble pronto lo registrarían los diputados. La soberbia

bien persuadida que vueltos los diez nobles sayones no dejarían sin duda arca, ni rincón, ni escondrijo que registrar. En efecto, así fue: entran segunda vez, y todo era buscar por una y otra parta el niño; pero viendo que no podían dar con él, resolviéronse por fin a regresar y decir a los que les enviaban que todo se había hecho conforme a las órdenes dadas, y vueltos a los suyos, así realmente se lo dijeron, íbase criando después el niño, que de tal riesgo a dicha se había escapado, en casa de su padre Eecion, y por ya buena suerte de haberse librado del peligro debajo del celemín, en griego *Cipsele*, quedósele en adelante el nombre de Cipselo. Llegado ya a la mayor edad, diósele a una consulta que en Delfos hacía una respuesta ambigua y enrevesada, por la cual gobernándose después y esperanzado mucho en ella, logró salir con su empresa y apoderarse del dominio de Corinto. La respuesta era de este tenor: *«¿Véis el gran varón que llega dentro de mi atrio, Cipselo el Eecida? Rey será de la esclarecida Corinto con su prole, pero no con la prole de su prole*[66]*.»* Tal fué el oráculo: Cipselo llegó a ser señor de Corinto, y con esto un tirano que a muchos Corintios desterró, a muchos quitó los bienes, patria y vida, después de un gobierno de treinta años, habiendo tenido la fortuna de morir en paz y en su cama: sucedióle en la tiranía su hijo Periandro, quien aunque en los principios de su gobierno se mostraba más humano y blando que su padre, con todo, por haber después comunicado por medio de unos mensajeros con el otro tirano de Mileto, el célebre Trasíbulo, llegó a hacerse mucho más cruel y sanguinario que el mismo Cipselo. Es preciso saber que envió Periandro un embajador a Trasíbulo con la comisión de preguntarle de qué medios se podría valer para estar más seguro en su dominio y para gobernar mejor su Estado: pues bien, saca Trasíbulo al enviado de Periandro a paseo tuera de la ciudad, y éntrase con él por campo sem-

cesta dedicada por los Cipselidas en Olimpia de que habla después, sería más bien una memoria fastuosa de aquel suceso que un remedo exacto de él.

[66] Ignoro si debo de leer «pero no con la prole de su prole,» o más bien, «y aun con la prole de su prole,» si nos atenemos a la autoridad de Aristóteles, que en el libro V de su *Política* cuenta tres tiranos Cipselidas; Cipselo, Periandro y Psamético, hijo de Gorgias y nieto de Cipselo.

brado, y al tiempo que va pasando por aquellas sementeras le pregunta los motivos de su venida, y vuelve a preguntárselos una, y otra, y muchas veces. Era empero de notar que no paraba entretanto Trasíbulo de descabezar las espigas que entre las demás veía sobresalir[67], arrojándolas de sí luego de cortadas, durando en este desmoche hasta que dejó talada aquella mies, que era un primor de alta y bella. Después de corrido así todo aquel campo, despachó al enviado a Corinto sin darle respuesta alguna. Apenas llegó el mensajero, cuando le preguntó Periandro por la respuesta; pero él le dijo: -«¿Qué respuesta, señor? ninguna me dio Trasíbulo;» y añadió que no podía acabar de entender cómo te hubiese enviado Periandro a consultar un sujeto tan atronado y falto de seso como era Trasíbulo, hombre que sin causa se entretenía en echar a perder su hacienda; y con esto dióle cuenta al cabo de lo que vio hacer a Trasíbulo. Mas Periandro dio al instante en el blanco, y penetró toda el alma del negocio, comprendiendo muy bien que con lo hecho le prevenía Trasíbulo que se desembarazase de los ciudadanos más sobresalientes del Estado; y desde aquel punto no dejó ni maldad ni tiranía que no ejecutase en ellos, o manera que a cuantos había el cruel Cipselo dejado vivos o sin expatriar, a todos los mató o los desterró Periandro, aun más, despojó en un solo día por causa de su mujer Melisa, ya difunta, a las mujeres todas de Corinto. Había hecho que unos mensajeros enviados hacia los Tesprotos, allá cerca del río Aqueronte[68], consultasen al oráculo *niqromántico* acerca de cierto depósito de un huésped. Aparecióseles la difunta Melisa; les respondió que no manifestaría, al menos claramente, el lugar de aquel depósito, que les decía únicamente que por hallarse desnuda padecía mucho frío, pues de nada lo servían los vestidos en que la enterraron, no habiendo sido

[67] Este aviso tiránico de Trasíbulo, imitado por Tarquino el Soberbio, tuvo después acogida y aplauso con el nombre de ostracismo en una república que no respiraba sino odio a la tiranía, de modo que Aristóteles, para explicar la naturaleza del ostracismo, se vale de la misma metáfora. En todo cuerpo civil donde reine la envidia triunfará el desmoche de Trasíbulo o el ostracismo de Atenas.

[68] Esta región del Epiro es quizá la Vayelicia, y el Aqueronte el río Verlichi.

abrasados, y que buena prueba de ser verdad lo que decía podía ser para Periandro haber él mismo metido el pan en un horno frío. Después que se dio razón a Periandro de dicha respuesta, de cuya verdad le pareció ser prueba convincente esta última indicación, por cuanto había conocido a Melisa después de muerta, sin más tardanza hace publicar luego un bando que todas las mujeres de Corinto concurran al Hereo o templo de Juno. Como si fueran ellas a celebrar alguna fiesta, iban allá con sus mejores adornos y vestidos, mientras que por medio de las guardias que tenía apostados en el templo iba despojándolas a todas, tanto a las amas como a las criadas, y acarreando después todas las galas a una grande hoya, las entregó a la hoguera el tirano, rogando e invocando a su Melisa, cuya fantasma, aplacada con este sacrificio, declaró el lugar del depósito a los diputados que segunda vez le envió Periandro. He aquí, oh Lacedemonios, lo que es y lo que en una ciudad suele hacer la tiranía. Con toda verdad os digo que si antes quedamos los Corintios confusos y admirados al saber que llevabais a ese Hipias, al oir ahora esa vuestra demanda nos hallamos aquí suspensos y atónitos. En suma, conjurándoos por los dioses de la Grecia, os pedimos y suplicamos, oh Lacedemonios, que no intentéis autorizar la tiranía ni introducir el despotismo en las ciudades. Y si obstinados contra las leyes divinas y humanas porfiareis en restituir a Atenas a ese vuestro Hipias, protestando desde ahora solemnemente nosotros los de Corinto, os declaramos que no consentimos en ello.»

XCIII. Esto dijo Socicles, el diputado de los Corintios, a quien Hipias el tirano, invocando a los mismos dioses Griegos y poniéndoles por testigos de lo que iba a decir, le respondió, que tiempo vendría, presto y sin falta alguna, en que los mismo Corintios echaran de menos y desearan en Atenas a los hijos de Pisistrato cuando les llegara y sobreviniera el plazo fatal de verse oprimidos por los Atenienses libres e independientes; lo que decía Hipias aludiendo a aquellos oráculos escritos que nadie mejor que él tenía sabidos. Pero los demás diputados del Congreso, que no habían hasta allí despegado sus labios, después de oir a Socicles, que tanto había perorado a favor de la libertad común, rompiendo el silencio cada uno por su parte, votaban todos li-

bremente a favor del Corintio, y protestando altamente, pedían a los Lacedemonios que nada innovasen en aquella ciudad griega. Así, pues, terminó la conferencia.

XCIV. Al irse después Hipias de Lacedemonia, aunque Amintas, rey de Macedonia, le ofrecía la ciudad de Antemunte, y los Tésalos le convidaban con los Yoleos[69], sin querer aceptar ninguna de las dos, dio la vuelta a Sigeo. Era esta una plaza que a punta de lanza había tomado Pisistrato a los de Mitilene[70], en la cual una vez ganada puso por señor un hijo bastardo, habido en una mujer Argiva, por nombre Egesistrato: ni éste pudo jamás, sino con las armas en la mano, gozar de la ciudad que de Pisistrato había recibido. Con motivo de Sigeo duraron largo tiempo las hostilidades entre Mitiléneos y Atenienses: salían aquellos de la ciudad de Aquileo, y éstos de la misma Sigeo a guerrear; los Mitileneos pretendían recobrar aquella tierra que reputaban ser suya; los Atenienses les negaban el derecho sobre ella, dando por razón que el dominio de la región troyana no tocaba más a los Eolios que a los Atenienses y demás Griegos que en compañía de Menelao habían salido a vengar el robo de Helena.

XCV. Entre varias cosas que acontecieron en el curso de dicha guerra, sucedió que viniendo los enemigos a las manos en una refriega en que la victoria empezaba a declararse por los Atenienses, pudo escapárseles el célebre poeta Alceo, huyendo listo y veloz, pero no

69 Yoleos es al presente la aldea Yaco: Antemunte estaba al Norte de Terma o de la moderna Salonichi.

70 Los antiguos escriben algo más acerca de esta guerra, referida confusamente por nuestro autor. En el año 606 antes de Jesucristo se apoderaron los Atenienses de Sigeo, ciudad y promontorio en la Frigia menor, de que estaban en posesión los de Mitilene, quienes se hicieron fuertes en un lugar llamado Aquileo. Habiendo venido a las manos los dos ejércitos, entraron en un desafío los dos jefes. Pitaco, uno de los siete sabios, y Frinon el Ateniense, soldado el más gentil de su tiempo, el cual, envuelto en una red que bajo su escudo llevaba Pítaco escondida, quedó rendido y muerto. Ajustóse al cabo la guerra con la decisión de Periandro que refiere más abajo nuestro historiador, aunque para conciliarlo con lo que cuentan los demás, puede creerse que después de la pacificación negociada por Periandro se volvió a renovar la guerra, estando ya en Sigeo el hijo bastardo de Pisistrato.

supo salvar sus armas, las cuales, cayendo en poder de los Atenienses, fueron después suspendidas por ellos en el Ateneo (o templo de Minerva) en la misma Sigeo, caso sobre que compuso Alceo unos versos dando en ellos cuenta de su desgracia a Menalippo su camarada[71] y los envió a Mitilene. Ajustó, por fin, estas diferencias entre los de Mitilene y los de Atenas, Periandro, el hijo de Cipselo, en cuyo arbitrio se habían comprometido las partes; y lo verificó decidiendo y ordenando que cada una se quedase en la pacífica posesión de lo que tenía, con lo que vino Sigeo a quedar por los Atenienses.

XCVI. Restituido Hipias de Lacedemonia a Sigeo, no dejaba piedra por mover contra los Atenienses, a quienes acriminaba maliciosamente ante Artafernes, resuelto a echar mano de cuantos medios alcanzase, a fin de lograr que Atenas, recayendo bajo su poder, entrase en el imperio de Darío. Informados entretanto los de Atenas de lo que Hipias iba tramando, procuraban desimpresionar a Artafernes por medio de unos embajadores enviados a Sardes para que no quisiera dar crédito a las calumnias y artificios de aquellos desterrados. No salieron con su intento los enviados, a quienes hizo entender Artafernes, clara y precisamente, que para la salud de su patria un solo medio les quedaba: el de recibir de nuevo a Hipias por señor. Con esta declaración, en que de ninguna manera consentían los Atenienses, resolviéronse éstos a mostrarse abiertamente enemigos de los Persas.

XCVII. Volviendo ya al Milesio Aristagoras, después que Cleomenes el Lacedemonio le había mandado salir de Esparta, presentóse en Atenas, ciudad la más poderosa de todas, en el punto crítico en que sus ciudadanos, viéndose gravemente calumniados para con los Persas, estaban resueltos a declararles la guerra. Allí, en una asamblea del pueblo, dijo en público Aristagoras lo mismo que en Esparta había dicho por lo tocante a las grandes riquezas y bienes del Asia, y también a la milicia y arte de la guerra entre los Persas, tropa débil y fácil de ser vencida, no usando ni de escudo ni de lanza en el combate. Esto decía

[71] Estos versos, o algún fragmento de ellos, se leen en Estrabon, aunque tan desfigurados que no los conociera el mismo Alceo.

por lo concerniente a los Persas; pero respecto a los Griegos, añadía que siendo los Milesios colonos de Atenas, toda buena razón pedía que los Atenienses, a la sazón tan poderosos, les librasen del yugo indigno de la Persia. En una palabra, tanto supo decirles Aristagoras y tanto se atrevió a prometerles, como quien se hallaba en el mayor apuro, que al cabo les hizo condescender con lo que pedía; y lo que había imaginado que más fácil le sería deslumbrar con buenas palabras a muchos juntos que a uno sólo, esto fue lo que logró allí Aristagoras, pues no habiéndole sido posible engañar al Lacedemonio Cleomenes, le fue entonces muy hacedero arrastrar de una vez con su artificio a treinta mil Atenienses[72]. Ganado, pues, el pueblo de Atenas, conviene en hacer un decreto público en que ordena que vayan al socorro de los Jonios 20 naves equipadas, y se declara por general de la armada a Melantie, sujeto el más cabal y de mayor reputación que en Atenas había. ¡Ominosas veinte naves, y armada fatal, que fueron el principio de la común ruina de los Griegos y de los Bárbaros![73].

XCVIII. Aristagoras, que volvió por mar a Mileto antes que llegase la armada, tomó luego un arbitrio del cual ningún provecho habían de sacar los Jonios: verdad es que ni él mismo pretendía sacarlo, sino dar únicamente que sentir al rey Darío con aquella idea. Despacha, pues, un mensajero que vaya de su parte a tratar con aquellos Peones que, llevados prisioneros por Megabazo desde el río Estrimon, se hallaban colocados en cierto sitio de la Frigia, viviendo en una aldea separados de los del país. Llegado el mensajero, dijoles así: -«Aquí vengo, amigos Peones, comisionado por Aristagoras, señor de Mileto, a proponeros un medio seguro y eficaz para el logro de vuestra libertad, con tal que queráis practicarlo. Al presente, cuando toda la Jonia se ha levan-

---

[72] Témese, con razón, que sea exagerado el número, pues consta por los demás escritores que los ciudadanos Atenienses que podían votar en sus asambleas solían ser veinte mil únicamente.

[73] Reprende Plutarco este pasaje de Herodoto como si abominara de las naves que levantaron bandera para la libertad de la Grecia; pero nuestro autor no las llama autoras, sino principio y como señal de tantos desastres como sucedieron, originados de la rebelión jónica y de la ambición persiana".

tado contra el rey, abiértoseos ha la puerta para que salvos os volváis a vuestra patria. A vuestra cuenta correrá, pues, el viaje hasta el mar; desde las costas dejadlo todo a nuestro cuidado.» No bien los Peones acabaron de oir el recado, cuando alegres como si el cielo se les abriera, cargando los más con sus hijos y mujeres, se fueron huyendo luego hacia las playas, bien que unos pocos, sobrecogidos de miedo, se quedaron en su aldea. Llegados al agua, se embarcaron para Quio, donde estaban ya seguros, cuando la caballería persa les iba siguiendo las pisadas a fin de cogerles. Viendo, pues, que no habían podido darles alcance, envíanles una orden a Quio para que vuelvan otra vez; pero los Peones, no haciendo caso de los Persas, fueron conducidos por los de Quio hasta Lesbos, y por los de Lesbos hasta Dorisco, desde donde, caminando por tierra, dieron la vuelta a Peonia.

XCIX. Entretanto, los Atenienses llegan a Mileto con sus veinte naves, llevando en su armada cinco galeras de Eretria, las que no militaban en atención a los de Atenas, sino en gracia de los mismos Milesios, a quienes volvían entonces su vez los Eretrios, pues antes habían éstos sido socorridos por los de Mileto en la guerra que tuvieron contra los Ucidenses, a quienes asistían los Samios contra Eretrios y Milesios. Llegados a Mileto los mencionados, y juntos asimismo los demás de la confederación jónica, emprende Aristagoras una jornada hacia Sardes, no yendo él allá en persona, sino nombrando por sus generales a otros Milesios, los cuales fueron dos, uno su mismo hermano Caropino y el otro Hermofanto, uno de los ciudadanos de Mileto.

C. Llegó a Efeso la armada, donde dejando las naves en un lugar de aquella señoría llamado Coposo, iban desde allí los Jonios subiendo tierra adentro con un ejército numeroso, al cual servían de guías los Efesios. Llevaban su camino por las orillas del río Caistro, y pasado el monte Tmolo, se dejaron caer sobre Sardes[74], de la cual de cuanto en ella había se apoderaron sin la menor resistencia; pero no tomaron la fortaleza, que cubría con no pequeña guarnición el mismo Artafernes.

CI. Tomada ya la ciudad, un acaso estorbó que se entregara al saqueo. Eran hechas de caña la mayor parte de las casas de Sardes, y de cañas estaban cubiertas aun las construidas de ladrillo. Quiso, pues, la fortuna que a una de ellas pegase fuego un soldado. Prendiendo luego la llama, fue corriendo el incendio de casa en casa hasta apoderarse de la ciudad entera. Ardía ya toda, cuando los Libios y cuantos Persas se hallaban dentro, viéndose cerrados por todas partes con las llamas que tenían rodeados ya los extremos de la ciudad, y no dándoles el fuego lugar ni paso para salirse fuera, fuéronse retirando y recogiendo hacia la plaza y orillas del Pactolo[75], río que llevando en sus arenas algunos granitos de oro, y pasando por medio de la plaza, va a juntarse con el Hermo, que desagua en el mar. Sucedió, pues, que la misma necesidad forzó a Lidios y Persas, juntos allí cerca del Pactolo, a defenderse de los enemigos; y como viesen los Jonios que algunos de aquellos les hacían ya, en efecto, resistencia, y que otros en gran número venían contra ellos, poseídos de miedo fueron retirándose en buen orden hacia el monte que llaman Tmolo, y de allí, venida ya la noche, partieron de vuelta hacia sus naves.

CII. En el incendio de Sardes quedó abrasado el templo de Cibebe, diosa propia y nacional; pretexto de que se valieron los Persas en lo venidero para pegar fuego a los templos de la Grecia[76]. Los otros Persas que moraban de estotra parte del Halis, al oír lo que en Sardes estaba pasando, unidos en cuerpo de ejército, acudieron al socorro de los Lydios; pero no hallando ya a los Jonios en aquella capital y siguiendo sus pisadas, los alcanzaron en Efeso. Formáronse los Jonios en filas y admitieron la batalla que los Persas les presentaban; pero fueron de tal modo rotos y vencidos, que muchos murieron en el campo a

[74] Llámase ahora el Caistro Minderscare y también Carason: el monte Tmolo, el Tomalitze, y Sardes la pequeña aldea de Sardo. La toma de esta antigua capital es hazaña atribuida por unos a los Atenienses y por otros a los Eretrios.
[75] El moderno Sarabat, nombre que se da también al Hermo.
[76] Mero pretexto, sin duda: pues los persas abrazaron en Egipto muchos templos, guiados por su principio religioso de que a los dioses no debía encerrárseles entre paredes.

manos del enemigo. Entre otros guerreros de nombre que allí murieron, uno fue el jefe de los Eretrios, llamado Eválcides, aquel atleta que en las justas Coronarias había ganado en premio público la corona y había por ello merecido que Simonides Ceio lo subiera a las nubes. Los otros Jonios que debieron la salvación a la ligereza de sus pies, se refugiaron a varias ciudades.

CIII. Tal fue el éxito de aquel combate, después del cual los Atenienses desampararon de tal manera a los Jonios, que a pesar de los repetidos ruegos e instancias que les hizo después Aristagoras por medio de sus diputados, se mantuvieron siempre constantes en la resolución de negarles su asistencia. Pero los Jonios, aunque se vieron destituidos del socorro de Atenas, no por eso dejaron, según a ello les obligaba el primer paso dado ya contra Darío, de prevenirse del mismo modo para la guerra comenzada. Dirígense ante todo con su armada hacia el Helesponto, y a viva fuerza logran hacerse señores de Bizancio y de las demás plazas de aquellas cercanías. Salidos del Helesponto, unieron luego a su partido y confederación una gran parte de la Caria, pues entonces lograron que se declarase por ellos la ciudad de Cauco, que no había querido antes aliarse cuando quemaron a Sardes.

CIV. Aun más, lograron que se agregasen a su parcialidad todas las ciudades de Chipre, menos la de Amatonta, las que se habían sublevado contra el Medo con la siguiente ocasión: Vivía en Chipre un tal Onésilo, hijo de Chersis, nieto de Siromo, biznieto de Evelton y hermano menor de rey de los Salaminios[77], llamado Gorgo, a quien habiendo ya tiempo antes hablado repetidas veces Onésilo, hombre inquieto, aconsejándole que se rebelase contra el Persa; oyendo entonces la sublevación de los Jonios, lo estaba haciendo las mayores instancias sobre lo mismo. Pero viendo Onésilo que no podía salir con sus intentos, espió el tiempo en que Gorgo había salido fuera de la ciudad y le cerró las puertas, acompañado de los de su facción. Arrojado Gorgo y excluido de su plaza, se refugia a los Medos, y Onésilo, señor ya

[77] Créese que Salamina estaba donde se halla al presente Puerto Constanzo, cerca de Famagosta, y que Amatonta se llama ahora Limiso.

de Salamina, logra con sus diligencias que los pueblos todos de Chipre, fuera de los Amatontios, le imiten en la rebelión, y por no querer seguirle en esta los de Amatonta pone sitio a la plaza.

CV. En tanto que Onésilo apretaba el cerco, llegó al rey Darío la nueva de que Sardes, tomada por los Atenienses, unidos con los Jonios, había sido entregada a las llamas, siendo el autor de aquella trama y también de toda la confederación el Milesio Aristagoras. Corre la fama de que al primer aviso, no cargando Darío de manera alguna la consideración en sus Jonio, de quienes seguro estaba que pagarían cara su rebeldía, la primera palabra en que prorrumpió fue preguntar quienes eran aquellos Atenienses, y que oída sobre esto la respuesta, pidió al punto su arco, tomóle en sus manos, puso en el una flecha y disparándole luego hacia el cielo[78]: -«Dame, oh Júpiter, dijo al soltarle, que pueda yo vengarme de los Atenienses.» Y dicho esto, dio orden a uno de sus criados que de allí en adelante, al irse a sentar a la mesa, siempre por tres veces se repitiera este aviso: *Señor, acordaos de los Atenienses.*

CVI. Dada esta orden, llama Darío ante sí al milesio Histieo, a quien hacía tiempo que detenía en su corte, y le habla en estos términos: -«Acabo ahora de recibir la nueva, Histieo, de que aquel regente tuyo a quien confiaste el gobierno de Mileto ha maquinado grandes novedades contra mi corona. Sábete que habiendo él juntado tropas que llamó del otro continente, y persuadido a que con ellas se coligasen los Jonios (a quienes doy mi real palabra de que no se alabarán de una traición que bien caro ha de costarles), han intentado arrebatarme a Sardes. ¿Qué te parece de toda esta maquinación? Dime tú: ¿cabe que esto se haya urdido sin que tú anduvieras en el asunto? Mucho sentiría hallarte después cómplice de tal atentado.» A lo que respondió Histieo: -¿Es posible, señor que eso de mí sospechéis y digáis? ¿Había yo de intentar cosa alguna que ni mucho ni poco pudiera daros que sentir? Pues eso que receláis ¿a qué fin, o con qué mira lo había yo de procu-

[78] No entiendo si el ademán de Darío fue una señal de enojo blasfemo o más bien un juramento religioso como adorador del fuego y del cielo.

rar? ¿Qué cosa me falta al presente? ¿No gozo de los mismos placeres y gozos que vos? ¿no tengo la honra de tener parte en vuestros secretos y resoluciones? Si mi regente, señor, maquina algo de lo que me decís, estad seguro que sin saberlo yo obra por sí mismo. Pero yo no puedo absolutamente persuadirme de que sea verdadera la nueva de que mi regente ni tampoco los Milesios intentasen novedad alguna. Mas si han dado en realidad ese mal paso y vos estáis del todo cerciorado de su alevosía, permitidme, señor, que os diga no haber sido acertado vuestro consejo en quererme tener lejos de aquella nación; pues, no teniéndome a su vista los Jonios, quizá se habrán animado a ejecutar lo que tiempo ha deseaban; que si en la Jonia me hubiera hallado ya presente, paréceme que ninguna ciudad hubiera osado mover contra vos un dedo de la mano. Lo que al presente puede hacerse en este caso es permitirme que con toda mi diligencia me parta para Jonia, donde pueda reponer los asuntos en el mismo pie de antes y os entregue preso en vuestras manos a mi regente, si tales cosas maquinó. Aun os añado, y os lo juro, señor, por los dioses tutelares de vuestro imperio, que después de ajustadas estas turbulencias a toda vuestra satisfacción, no he de parar ni quitarme la misma túnica con que bajaré a la Jonia antes de conquistaros a Cerdeña[79], la mayor de las islas, haciéndola tributaria de la corona.

CVII. Era tan falsa esta arenga como el alma y fe griega de Histieo, y con todo se dejó persuadir de ella Darío, dándole licencia para partirse de la corte y ordenándole al mismo tiempo que una vez cumplido lo que acababa de ofrecerle, diese la vuelta y se le presentase de nuevo en Susa.

CVIII. Mientras que llegaba al rey aviso de lo sucedido, en Sardes y, hecho el alarde del arco, hablaba Darío con Histieo, y éste, licenciado por el rey, marchaba hacia las provincias marítimas, iba sucediendo en este intermedio lo que voy a referir[80]. Estaba Onésilo, el de Salami-

[79] Era en aquel tiempo un error común de geografía hacer a Cerdeña la mayor de las islas conocidas.

[80] Aquí se manifiesta el método histórico, de nuestro autor, que jamás deja su transición siempre que pasa de un punto a otro de la narración. Es alguna vez

na, apretando el sitio de los de Amatonta, cuando le llega el aviso de que en breve se espera en Chipre al Persa Artibio, a donde venía conduciendo en sus naves una poderosa armada. Habida esta noticia, pide Onésilo a la Jonia por medio de unos diputados que vengan en su ayuda y socorro los Jonios, y éstos, sin gastar mucho tiempo en resolverse, hácense a la vela con una gruesa armada. En un tiempo mismo sucedió, pues, que los Jonios aportasen a Chipre, que los Persas recién venidos de la Cilicia desembarcados en la isla marchasen ya por tierra la vuelta de Salamina, y que los Fenicios doblasen el cabo que llaman las Llaves de Chipre[81].

CIX. En tal estado de cosas, convocan los señores de las ciudades de Chipre a los jefes jonios y entablan con ellos este discurso: -«Nosotros los Cipriotas, amigos Jonios, dejamos a vuestro arbitrio la elección de salir al encuentro o bien a los Persas o bien a los Fenicios. El tiempo insta: si escogeis venir a las manos con los Persas en campo de batalla, saltad luego a tierra y formar vuestras filas, que en este caso embarcándonos en vuestras naves vamos a cerrar con los Fenicios. Pero si preferís combatir por mar con los Fenicios, menester es poner manos a la obra. Escoged una de dos, para que así contribuyáis por vuestra parte a la libertad de Jonia y de Chipre.» -«A nosotros, replican los Jonios, nos mandó venir el Estado de la Jonia con orden de defender estos mares y no de acometer por tierra a las tropas persianas cediendo nuestras naves a los de Chipre. En el puesto señalado procuraremos, pues, desempeñar nuestro deber con todo el esfuerzo posible: ved vosotros de obrar en el vuestro como gente de valor, teniendo presente las indignidades que esos Medos, vuestros señores, os han hecho sufrir.»

CX. Tal fue la respuesta de los Jonios, después de la cual, como hubiesen llegado ya los Persas al campo de Salamina, los reyes de Chipre ordenaron contra ellos su gente en esta disposición: Enfrente de

fastidiosa a los oídos modernos esta recapitulación, casi tanto como aquel *ergo* con que nos fastidian los escolásticos arábigos; pero sirve para fijar la atención y seguir sin confusión el hilo de la historia.

[81] Ahora cabo de San Andrés.

los soldados del enemigo, que no eran Persas de nación, ordenaron una parte de sus tropas Cipriotas; delante de los Persas mismos pusieron la flor de su gente escogida entre las milicias de Salamina y de Soli[82]: Onésilo por su voluntad escogió el puesto que correspondía al que enfrente ocupaba Artibio, general de los Persas.

CXI. El caballo en que Artibio venía montado estaba enseñado a empinarse contra el enemigo armado. Advertido de esto Onésilo, habló así con un escudero cariano[83] que tenía, hombre muy diestro en lo que mira a los encuentros de armas, y en todo lo demás muy sagaz y advertido: -«Oigo decir, amigo, que ese caballo de Artibio tiene la habilidad de alzarse sobre los pies y embestir al que delante tiene con las manos y con la boca. Piénsalo tú, y dime luego a cuál de los dos quieres que apuntemos y derribemos antes, si al caballo, o bien a su jinete Artibio. -Pronto estoy, señor, le responde el escudero, para ambas cosas; pronto para cualquiera de las dos y para todo lo que me ordenéis. Diré sin embargo lo que me parece hacer más al caso para vuestra reputación. Lo más propio y decoroso es que un rey cierre contra otro rey, y un general contra otro general, pues si en tal encuentro diereis en tierra con aquel jefe, haréis una regia hazaña, y aun cuando él, lo que no querrán los dioses, os echare al suelo, el morir en tales manos aliviaría en la mitad el peso de la desventura. A nosotros escuderos corresponde medirnos con otros escuderos. No os dé trabajo, señor, el caballo empinado con aquella habilidad, que a fe mía no vuelva jamás a empinarse.»

CXII. Dijo, y en aquel punto mismo cerraron las dos armadas por tierra y por mar. En la batalla naval vencieron los Jonios a los Fenicios,

[82] Eran dos ciudades con el nombre de Soli, una en Cilicia y otra en Chipre; los naturales de ésta se llamaban Solios y los de aquella Solienses.

[83] Los Carios en el Asia eran lo que en el día son los Suizos en Europa, soldados mercenarios tenidos por gente vil, que por poco dinero vendían alma y vida a quien quisiera comprársela. Acerca de estos episodios históricos de Herodoto, paráceme que así como el arte militar, antes de acometer al enemigo, encanta los combatientes con el ruido de tambores, pífanos y timbales, así nuestro historiador, al irnos a referir alguna acción ruidosa, para suspender más el espectáculo nos sale de improviso con alguna digresión amena y entretenida.

haciendo aquel día prodigios de valor, y los que mejor se portaron en la función fueron los Samios. En la tierra, después que estuvieron ya a tiro los dos ejércitos, he aquí lo que pasó entre los dos generales: Embiste Artibio montado en su marcial caballo contra Onésilo; véle éste venir; dispara contra él, según lo prevenido por su escudero, y acierta bien el tiro; iba el vecino caballo a dar con las manos contra el adarga de Onésilo, cuando el escudero cario le da listo un golpe de hoz, y se las siega entrambas. El caballo, manco ya y encabritado, da consigo en el suelo, y con él Artibio, el general persiano.

CXIII. Encarnizadas en tanto las otras tropas, se hallaban en el calor del combate, cuando Stesenor, el tirano de Curio, entregó alevosamente a los Persas una gran división del ejército, que cerca de sí tenia. Pasados al enemigo los Curianos, colonos, a lo que se dice, de los Argivos, siguieron inmediatamente su mal ejemplo los carros guerreros de los Salaminios[84], y de resultas de estas deserciones, como empezasen los Persas a llevar la ventaja en el combate, el ejército de los Cipriotas volvió las espaldas al enemigo. Entre otros muchos que perecieron en la huida, quedaron rendidos en el campo dos generales, el uno Onésilo, hijo de Queris, autor que había sido de la sublevación de Chipre; el otro Aristócipro, rey de los Solios, hijo de Filócipro, de aquel célebre Filócipro a quien sobre todos los demás príncipes ensalzó en sus versos el ateniense Solon, cuando estuvo viajando en Chipre[85].

CXIV. Los Amatontios victoriosos, para vengarse del asedio que Onésilo les había puesto, le cortaron la cabeza, y se la llevaron, colgándola después sobre las puertas de su ciudad. Sucedió, pues, que estando allí suspensa y ya del todo hueca, entró dentro un enjambre de abejas y fabricó en ella sus panales. Vista aquella novedad, tuvieron

[84] Peleaban los Salaminios encima de sus carros a estilo de los héroes de Homero.
[85] Solon indujo a Filócipro a que, dejando el áspero sitio de Arpea, fundase en la llanura una nueva ciudad, a la cual Filócipro quiso dar el nombre de Soli, agradecido al consejo de su huésped Solon. Se acusa de negligente a Meurio, que recogió esta historia, porque no recogió los fragmentos de los versos de Solon en loor de Filócipro.

por conveniente los Amatontios consultar al oráculo acerca de aquel raro fenómeno, y la respuesta fue que se diera sepultura a la cabeza descolgada, y se hicieran a Onésilo sacrificios anuos como a un héroe, y que con esto todo les iría mejor. Y en efecto, así lo hacían hasta mis días los de Amatonta con el héroe Onésilo.

CXV. Los marinos jonios, que gloriosamente acababan de dar en Chipre su batalla naval, viendo ya perdida la causa de Onésilo, y cercadas al mismo tiempo todas las cinudades de la isla, menos la de Salamina, que los mismos Salaminios habían restituido a Gorgo, su antiguo rey, haciéndose luego a la vela, bien informados del mal estado de Chipre, dieron la vuelta hacia Jonia. Entre todas las ciudades de la isla, fue la de Soli la que por más tiempo resistió al cerco, logrando rendirla los Persas, pasados cinco meces de sitio, con las minas que alrededor de los muros abrieron.

CXVI. Los Cipriotas, en suma, sacudido el yugo de los Persas por el breve espacio de un año, cayeron de nuevo bajo el mismo dominio. En cuanto a aquellos Jonios que habían hecho sus correrías hasta la misma Sardes, persiguiéronles los generales persas, especialmente Daurises, casado con una hija de Darío, y en su compañía otros dos yernos del rey, Himeas y Otanes, y habiéndoles derrotado en campo de batalla, les obligaron a refugiarse a sus naves: repartidas las tropas enseguida contra las plazas del país iban tomándolas con las armas.

CXVII. Echándose, pues, Daurises hacia el Helesponto, rindió las plazas de Dardano, Abido, Pércota, Lampsaco y Peso[86], y la toma de ellas le salió a plaza por día. Dirigíase desde Peso hacia la ciudad de Pario, cuando llegó aviso de que unidos los Carios al partido jonio acababan de levantarse contra el Persa, novedad que le obligó a que, dejando el Helesponto, marchase con sus tropas hacia Caria.

CXVIII. Ignoro como tuvieron los Carios aviso de que contra ellos venia marchando Daurises, primero que éste llegase con su ejército. Dióles lugar esta noticia adelantada a que se juntasen en cierto sitio

[86] Peso situada entre Lampsaco y Pario: Pércota es la Pércope de Homero (*Ilíada*. LXII. v. 229), situada en la embocadura del río Spiga.

llamado las Columnas Blancas *(Leucas Stelas)*, cerca del río Martias, que bajando de la región Idriada va a confundirse con el Meandro. En la junta que allí tuvieron los Carios, el mejor de los varios pareceres que hubo fue, a mi entender, el que dio Pixodaro, hijo de Mausolo y natural de Cindio, quien estaba casado con una princesa hija de Sieunesis, rey de los Cilicios. Era de parecer este varón que pisando el Meandro y dejando este río a las espaldas, entrasen los Carios en batalla con el Persa, pues así dispuesto y viendo cerrado el paso a la fuga, la misma necesidad de no poder desamparar su puesto les haría, sin duda, mucho más valientes y animosos de lo que eran naturalmente. Pero rechazado este voto, se siguió el contrario, de que no los Carios, sino los Persas, tuvieran a sus espaldas el Meandro, claro está que con la mira de que los Persas, si quisieran huir perdida la batalla, no pudieran volver atrás dando luego con el río.

CXIX. No tardaron en aparecer los Persas, y pasando el Meandro vinieron a las manos con el enemigo cerca del río Marsias. En la batalla, si bien los Carios por largo tiempo resistieron al Persa haciendo los mayores esfuerzos de valor, su menor número, con todo, cedió al fin al mayor de los enemigos. Los muertos en el choque de parte de los Persas fueron como 2.000 y hasta 10.000 de la de los Carios. Los que de estos quedaron salvos con la fuga, se vieron en la necesidad de refugiarse a Labranda[87], en el templo de Júpiter el *Stratio* o guerrero, cerca del cual había un gran bosque de plátanos consagrado a aquella divinidad; y de paso no quiero dejar de observar que de cuantas naciones tengo noticia, la de los Carios es la única que sacrifica a Júpiter bajo aquel título. Refugiados allí los Carios, empiezan a deliberar de qué manera podrían quedar salvos, si acaso sería bien entregarse al Persa a discreción o mejor abandonar de todo punto el Asia menor.

CXX. Estando, pues, los Carios en lo mejor de su consulta, ven llegar hacia ellos a los Milesios, juntos con sus demás confederados, con el objeto de darles asistencia y socorro: y al momento, dejándose

[87] En el día Eblebanda. El título de Stratio se dio posteriormente a Júpiter en muchos países.

de arbitrios para salvarse, se disponen de nuevo a continuar la guerra comenzada. Así que, acometidos segunda vez por los Persas, hiciéronles los Carios una resistencia más viva y larga aún que la pasada, aunque habiendo al cabo sido rotos y vencidos, murieron en la acción muchos de ellos, y padecieron en ella más que nadie los auxiliares Milesios.

CXXI. Recobráronse los Carios de su pérdida después de este destrozo, volviendo de nuevo a pelear. Saben que los Persas se disponen a llevar las armas contra sus plazas, y les arman una emboscada en el camino que va a Pedaso. Salióles bien el artificio, porque habiendo dado de noche los Persas en la celada, fueron pasados a filo de espada, y con sus tropas perecieron desgraciadamente los generales Daurises, Amorges y Sisímaces, y con ellos así mismo Mirso, hijo de Giges. El adalid y autor principal de la emboscada fue un ciudadano de Milasa, llamado Heraclides, hijo de Inabolis.

CXXII. Así murieron aquellos Persas. Himeas, otro de los generales empleado en llevar las armas contra los Jonios que invadieron a Sardes, se apoderó de Cio[88], ciudad de Misia, echándose con su gente hacia la Propontide. Mas dueño ya de la mencionada plaza, apenas supo que Daurisis, dejando el Helesponto partía con sus tropas para Caria, condujo su gente al mismo Helesponto, donde además de todos los Eolios situados en la región de la Ilíada, logró rendir a los Gergitas[89], que son las reliquias de los antiguos Teucros. Pero no sobrevivió Himeas a las conquistas de estas naciones, muerto de una enfermedad que en su curso lo arrebató.

CXXIII. El virrey mismo de Sardes, Artafernes, y en su compañía Otanes, que era el tercero entre los generales ocupados en hacer la guerra en la Jonia y en la Eolida comarcana con ella, tomaron dos

[88] Esta ciudad, hoy día arruinada, estaba en la Propontide en el golfo de Montaña.
[89] La ciudad de estos pueblos de que habla Herodoto (lib. VII cap. XLIII) sería quizá la Scepris, donde se quedaron los Troyanos bajo el gobierno de Eneas o de Ascanio, si como pretenden algunos no vieron éstos ni por sueños a Italia.

ciudades, la de Clazomene en la Jonia, y la de Cima[90], plaza de los Eolios.

CXXIV. Al tiempo que caían dichas ciudades en poder del enemigo, el milesio Aristagoras, que sublevando la Jonia había llevado las cosas al último punto de perturbación, mostróse hombre de corazón poco constante en as adversidades, pues al ver lo que pasaba, pareciéndole ser enteramente imposible que pudiese ser vencido el rey Darío, sólo pensó cómo podría escapando poner en salvo su persona. Llamando, pues, a consulta sus partidarios, les dice: que juzgaba por lo más acertado procurar ante todo tener prevenida y pronta una buena retirada a donde se refugiaran, si acaso la necesidad les obligase a desamparar a Mileto; que decidieran si sería mejor conducir una colonia de Milesios a Cerdeña, o bien a Mircino, plaza situada en las Edonos, que había fortificado Histieo después de recibirla de mano y gracia de Darío. Tal era la propuesta sobre que consultaba Aristagoras.

CXXV. Hallábase en la consulta el docto historiador Hecateo, hijo de Hegesandro, cuyo parecer era de no enviar la colonia a ninguna de las dos partes propuestas, sino de que Aristagoras levantase antes una fortaleza en la isla de Lero, y en caso de ser echado de Mileto, estuviese quieto entretanto en aquella guarida, desde cuya fortaleza pudiese salir después para recobrar su patria: éste fue el parecer de Hecateo.

CXXVI. Mas el partido a que más se inclinaba Aristagoras era al de llevar una colonia a Mircino. Encargando con esto el gobierno de Mileto a uno de los sujetos más acreditados de la ciudad, por nombro Pitágoras, él mismo en persona toma consigo a los ciudadanos todos que se ofrecen a seguirle, y se hace con ellos a la vela para la Tracia, donde se apoderó del país deseado. Después de esta conquista, como salido de su plaza con su gente de armas, estuviese sitiando a otra ciudad de los Tracios[91], pereció allí Aristagoras con toda su tropa a manos

[90] Puede que Clazomene sea Urla actualmente, y Cima Foya Nueva.

[91] La ciudad era Eunea (*Novem viæ*), cerca de la cual fundaron los Atenienses la colonia de Amfipolis, treinta y dos años después de la muerte de Aristagoras.

de los bárbaros, por más que pretendiera salvarse por medio de una capitulación.